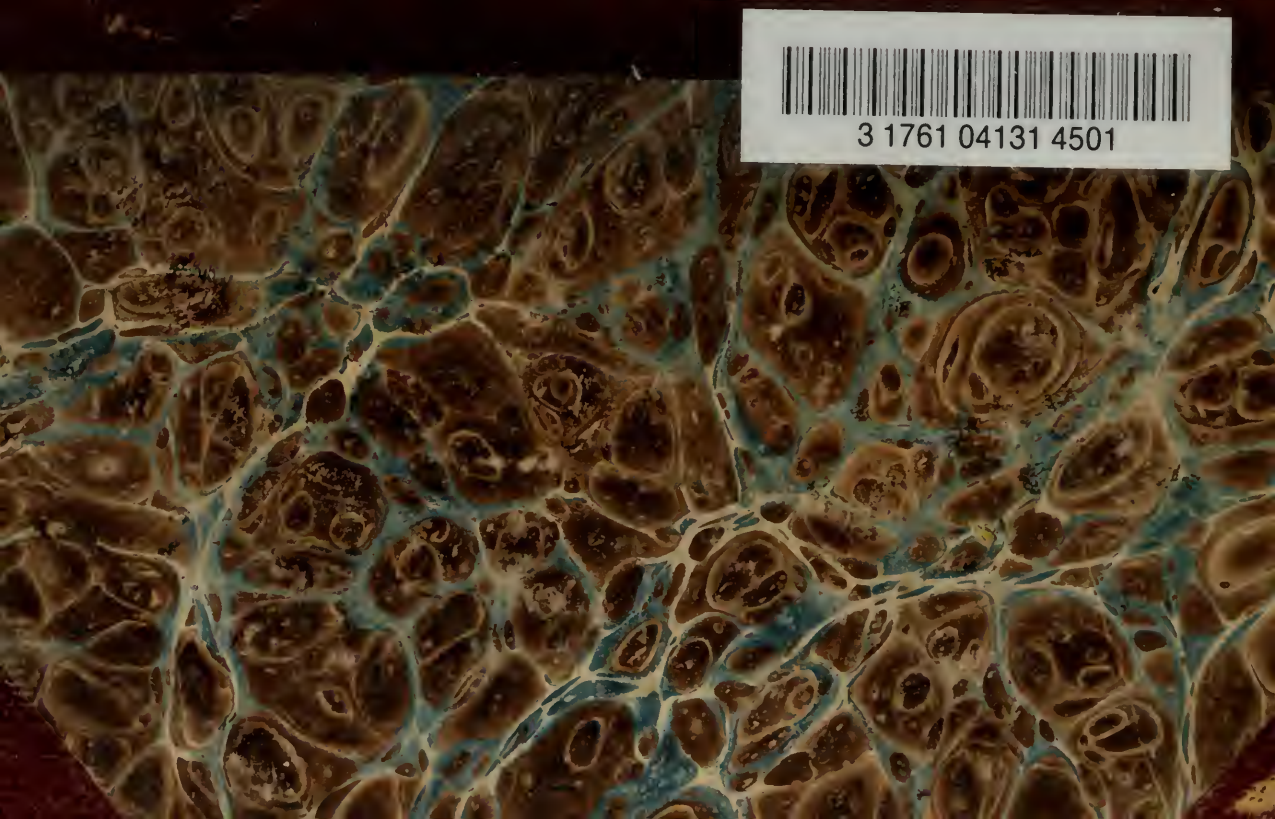
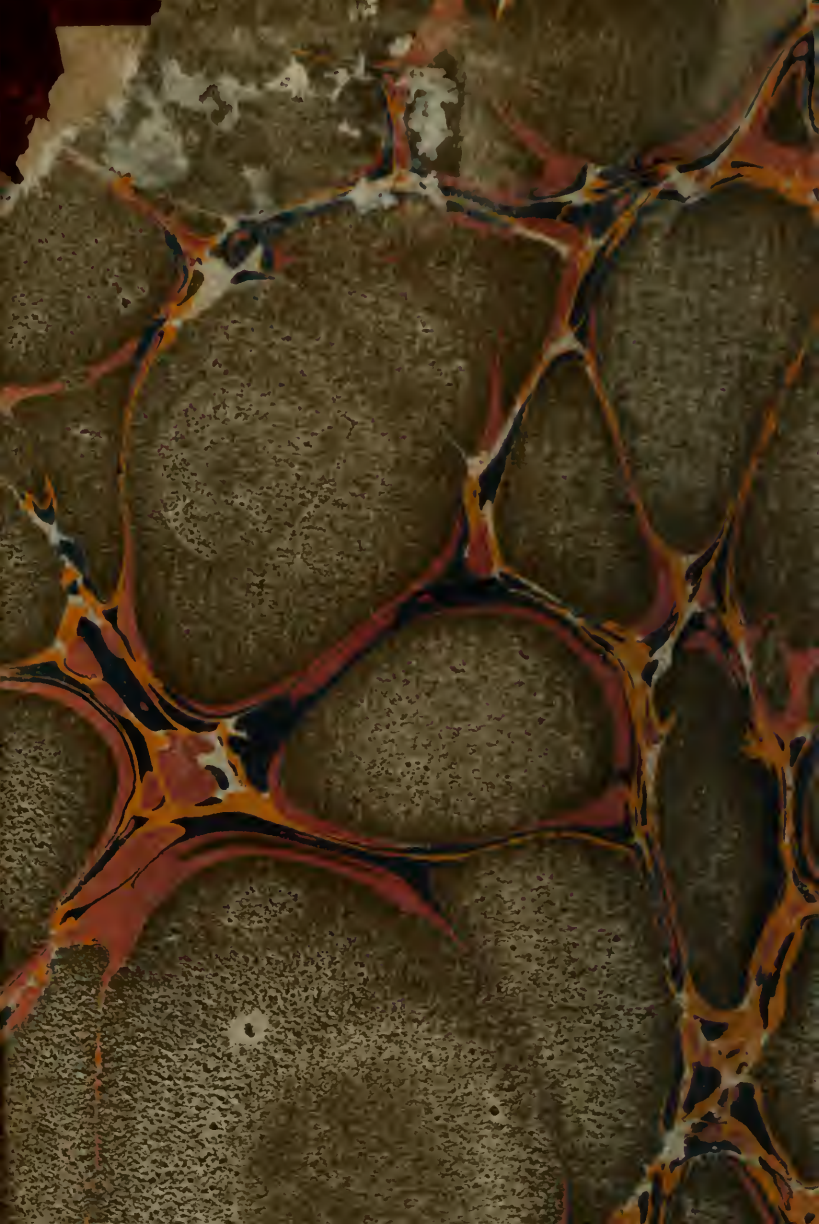


3 1761 04131 4501



EL CONDE

de

GANDESPINA.

TOMO SEGUNDO.

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/elcondedecandesp02esco

S.
E798c

EL CONDE
de
CANDESPINA,

novela histórica original,

POR 34824

D. Patricio de la Escosura,

Alférez del Escuadron de Artillería
de la Guardia Real.

MADRID Y SEPTIEMBRE:
IMPRENTA, CALLE DEL AMOR DE DIOS, n.º 14.

1832.

¿Por qué de Roma tu ofuscada mente
Hazañas busca en la remota historia?
¿Para asombrar á la futura gente
No basta acaso la española gloria?
Cuando virtud y honor tu lira intente
Eternizar del mundo en la memoria,
Los campos corre de la madre España,
Y cada monte te dirá una hazaña.

(D. Ventura de la Vega, canto al Rey N. S.)

EL CONDE
DE
CANDESPINA.

CAPITULO PRIMERO

A corta distancia de Soria, y oculto al pie de un pequeño cerro, habia dejado un escuadron el Conde de Candespina, segun hemos dicho; y así es que una vez fuera de los muros de aquella ciudad, pudo la Reina deponer todo temor. Detúvose su litera el tiempo necesario para que despojándose algunos caballeros de sus vestidos de almugavares, calasen el morrion y montasen á caballo; y aprovechando este

intervalo, enteró D. Gomez á la Reina de los medios que habia empleado para sacarla por segunda vez del poder de su marido. Ocioso será decir que llena de admiracion y reconocimiento, no encontraba Doña Urraca espresiones bastantemente fuertes para ponderar su gratitud; y si hemos acertado á pintar con alguna verdad el carácter del Conde, creemos tambien que no habrá uno de nuestros lectores que no conciba su placer viéndose tan favorecido de su Señora, y que una sola de sus espresiones bastaria para hacerle arrostrar mil muertes en su defensa.

Concluidos los preparativos para la marcha, rompió su movimiento el escuadron escogido llevando en medio la preciosa litera. Verdaderamente era un magnífico espectáculo ver á aquellos guerreros cubiertos de fortísimas y brillantes armaduras, montados en soberbios bridones andaluces, y ostentando en la diver-

sidad de colores, de los pendones de las lanzas, y de las bandas que adornaban las bruñidas corazas; las diferentes inclinaciones de sus damas, marchar con admirable concierto y uniformidad, como si todos fueran partes de una sola máquina, cuyo resorte principal fuese la voluntad de su caudillo. Flotaban á merced de los vientos las amarillas y negras plumas que adornaban la cimera del casco de éste; el fogoso alazan que montaba, pareciendo sentir el gozo de su amo y envanecerse con sus triunfos, marchaba con la cerviz erguida, hinchado el ferviente pecho, sentando apenas las manos en la tierra, y cubriéndose á sí mismo de blanca espuma. La Reina manifestaba en lo placentero del semblante cuál era su interior contento; y la direccion de todos los morriones indicaba que el objeto esclusivo á que atendia aquella tropa de leales, era la misma Doña Urraca.

*

Empezaba el Sol á declinar al occidente, dejándose apenas sentir la benéfica influencia de sus rayos, cuando dieron vista al campo castellano D. Gomez y su escuadron. Los centinelas de los reales que vieron venir con tan buen órden á ellos un número bastante crecido de soldados, dieron la alarma. Resonaron en la vasta estension del campo los bélicos instrumentos; corrieron á las armas soldados y caballeros; y en poco tiempo se reunieron bastantes para poder hacer frente al enemigo, mientras el resto se organizaba.

No habia probado hasta entonces el Conde de Lara mas que de las dulzuras del mando; y la Crónica dice, que en el momento de que hablamos, creyendo que de improviso venia sobre él D. Alfonso con todo su poder, hubiera de buena gana renunciado su honorífico puesto. Hubo sin embargo de conformarse, y armado de

todas armas se presentó al frente del campo.

Ya en esto se habian aproximado bastante á él los que acompañaban á la Reina; y adelantándose el Conde de Candespina se dió á conocer al ejército. Mas de un soldado dicen que hubo á quien le pesase que en efecto no fueran aragoneses los que se presentaban, sintiendo renunciar á la idea de las honras, que distinguiéndose en el combate, esperaba conseguir; pero como este entusiasmo no es general aun entre los valientes, se alegraron la mayor parte de su engaño, y mas que todos el gefe del ejército.

«Bien ha hecho Vueseñoría, señor Con»de, dijo el de Lara, en descubrirse á tiem»po, porque sino hubiéramos podido da»ros un mal rato. — Dios solo sabe quien »lo hubiera tenido, Conde D. Pedro; mas »lo que importa es, que Vueseñoría se a»perciba para recibir dignamente á S. A. »— ¡Santos Cielos! ¡Qué decís, D. Gomez?

»¿A S. A.? —¿A S. A.? repitieron en co-»ro los oficiales que rodeaban á D. Pedro: »—¿A S. A.?" esclamaron oyéndolo los mas próximos, y á la manera con que herida la mansa corriente de un caudaloso rio por una piedra, se forman sucesivamente en torno de esta multitud de círculos cada vez mayores, hasta que se terminan en las orillas, así tambien la voz «¿A S. A.?" se estendió por todo el campo, repitiéndola confusamente los ecos de los vecinos montes.

«Sí, caballeros, continuó el Conde de »Candespina, sí, soldados castellanos, nues-»tra Reina Doña Urraca es la que va á »honrarnos con su presencia. — *Viva la »Reina, viva su libertador.*" esclamaron unánimemente cuantos alcanzaron á oirle, y precisamente entonces llegó Doña Urraca. Apeóse de la litera para gozar libremente, dijo, de la vista de sus vasallos, y habiéndose apeado tambien todos los caballeros,

fue el Conde de Lara á rendirla el debido homenage, y tomar en su calidad de general las órdenes de S. A. «¿Cómo, es»clamó Doña Urraca entre sorprendida é »indignada, cómo? ¿Conde de Candespi»na, no sois vos el caudillo de mis tropas? »— Señora, contestó éste, el Conde de »Lara y yo alternamos en el mando.—¿Y »quién ha alternado con vos para esponer»se dos veces á riesgos eminentes por sal»varme? ¡Ah, castellanos, castellanos!" Felizmente para el Conde de Lara, el respeto tenia bastante lejos de la Reina á todos los gefes del ejército, sin lo cual hubieran oido la justa y amarga reconvencion que sus últimas palabras contenian; mas no dejó de producir en D. Pedro el mas vivo resentimiento, ó por mejor decir, la mas negra envidia por lo que D. Gomez acababa de hacer. Cualquiera otro hombre de su calidad á quien la Reina hubiera hecho semejante alusion, habria contestado con as-

pereza, y tal vez con desacato; mas el Conde de Lara sabia dominarse, y contando con los recursos que aun le quedaban, no se dió por entendido de lo que oyó. La alegría del campo castellano es imponderable: el simple soldado que iba á la guerra sin mas motivo que la voluntad de su Señor feudal, veía llegar con el placer que puede imaginarse el momento de volver al cultivo de su campo, y á la dichosa obscuridad de su cabaña; y los ricos hombres y caballeros de mas cuenta empeñados en aquel partido, no desconocian que la sola presencia de Doña Urraca daba mas consistencia á su faccion que cuantas victorias hubieran alcanzado sobre los aragoneses. Un solo hombre era el que entre tantos dichosos gemia dolorosamente viendo frustrados sus mas caros proyectos, y pendiente sobre su cabeza la cuchilla de la justicia de la Reina: Don Pedro Ansurez, custodiado por una fuerte

escolta al mando de D. Diego Lopez, y conducido en pos de la triunfante Doña Urraca, como en la soberbia Roma seguian los cautivos el carro de sus vencedóres: ¡Estraña vicisitud de la fortuna! Veinte y cuatro horas antes pendia de su voluntad la suerte y la vida de los que en aquel momento eran árbitros de la suya.

Despues de haber corrido en esta disposicion todo el campo, para que los soldados se cerciorasen de que en efecto se hallaba en él, se retiró la Reina á la tienda de Lara, que por su magnificencia, acaso estremada para un guerrero, se juzgó la mas digna de tener la honra de hospedarla. En ella recibió á las personas mas distinguidas del ejército, y nada le quedó que hacer para que todos saliesen á cual mas encantado de su afabilidad y dulzura; pero el Conde de Candespina fue la persona á quien particularmente parecia dirigir sus afectuosas miradas. Cada vez que

un noble la felicitaba por su inesperada libertad, «ved aquí, le decia, al que ha he»cho este milagro; Castilla le debe su Rei»na, y Doña Urraca la libertad y la vida. »—¡Ah, Señora! contestaba el Conde; ¿quién »no espondrá gustoso mil vidas por una »Reina como Doña Urraca?"

Así que se hubo apaciguado algun tanto el tumulto causado por la inesperada aparicion de Doña Urraca, y que satisfechos de haberla visto los caballeros castellanos, dejaron desembarazada su tienda, quedando solamente en ella los Condes de Candespina y Lara, y algunas de las personas de mas cuenta, volvió de nuevo á resonar el campo con gritos de alegría: la multitud de los soldados seguia á un caballero, montado en un caballo casi exánime de fatiga, y que apenas podia sostener su peso, y el de una enlutada dama que á las ancas llevaba.

«Es Hernando de Olea, gritaban los

»soldados. Es el valiente Hernando. — Sí, »camaradas, contestaba nuestro Hernando. »Yo soy: vuelvo á pelear, á vencer con »vosotros." Los talentos de Olea eran escasos, pero su valor sobrado, y el soldado gusta de esta cualidad en sus gefes, perdonándoles fácilmente en favor de ella cualquiera otro defecto. Así es que Hernando gozaba de la mas alta reputacion entre la tropa, y su venida fue para el ejército un verdadero júbilo.

«Leonor, esclamó la Reina viéndola »entrar. ¿Tú tambien aquí? Ya nada me »falta.— ¡Ah, Señora! déjeme V. A. be»sar sus pies. — Alza y dame los brazos; »¿y á quién debo la dicha de tenerte á mi »lado?— Al incomparable valor del ami»go del Conde de Candespina.— ¿Al va»liente Hernando? venid acá, buen caba»llero, no estéis tan retirado; el servicio »que me habeis hecho merece recompen»sa; pedid, y os será otorgada.— V. A.

»pondera mas de lo que vale mi accion, »que al cabo nada significa, y ademas lleva »la recompensa en sí misma. —¿No os pa»rece, Conde de Candespina, que vues»tro amigo ha tenido mas memoria que »todos nosotros, acordándose de Leonor, »y no poca osadía para quedarse solo en »Soria por no dejarla en su convento? »—Verdaderamente, Señora, contestó el »Conde, á quien las bondades de Doña Ur»raca tenian de festivo humor, parece que »el buen Hernando ha apartado poco de »su memoria á Doña Leonor desde...—Ca»llad, Conde, que haceis ruborizar á mi »camarera. Veamos, Hernando, qué re»compensa pedís; os mando que la seña»leis.— Pues V. A. lo exige, diré.... que.... »Señora.... el Conde ha indicado....— Que »amais á Leonor; válgame el Cielo, que »amante sois tan tímido. Será preciso que »yo hable por vos.— Señora, V. A. ha »adivinado mis pensamientos.— ¿Y qué

»dices á esto, Leonor? solo falta tu con-
»sentimiento para que seas esposa de Her-
»nando.— No tengo mas voluntad que la
»de V. A.; y Hernando tiene demasiados
»títulos á mi agradecimiento para que yo
»pueda negarle nada. Mas hasta tanto que
»V. A. esté pacíficamente en su trono,
»Leonor de Guzman no pensará en ca-
»sarse.— Todos á porfia quereis acumular
»las pruebas de vuestra fidelidad; plegue á
»Dios que llegue el momento en que pue-
»da recompensaros."

La tienda de la Reina era en aquel instante el templo de la felicidad, y el generoso Candespina aprovechó la ocasion para hablar de D. Pedro Ansurez. A pesar de haber sido éste siempre su mortal enemigo; á pesar de las asechanzas que últimamente intentó poner en práctica para llevarle á un suplicio; y á pesar de sus traiciones, no podia dejar el Conde de Candespina de mirar á D. Pedro Ansurez co-

mo á un compatriota, y compatriota desgraciado. Habló pues en su favor á Doña Urraca; Lara se opuso á que se le diera libertad, pretestando que debia hacerse un escarmiento; pero las razones que alegó el Conde de Candespina sobre la crueldad que habria en deshacerse de un enemigo ya indefenso, lo peligroso que sería enagenarse los ánimos de sus muchos parientes y allegados; y hasta la especie de felonía con que habia sido forzoso sacarle de Soria, unidas á los generosos ruegos de Hernando, Leonor y D. Diego Lopez, decidieron la cuestion en favor del desgraciado Conde de Ansurez.

Aquella misma noche se le hizo saber la piedad de S. A., y prestado que hubo juramento de fidelidad á Doña Urraca, quedó libre para marcharse adonde mejor le pareciese.

Con acuerdo de la Reina resolvieron los dos generales que el ejército se pon-

dria en marcha al romper el alba de la próxima mañana, y tomadas las disposiciones convenientes, se retiraron á reposar de las fatigas de aquel dia tan fecundo en sucesos no comunes.

CAPITULO II.

Hemos dejado á D. Alfonso de Aragon en Soria ocupado en despachar los negocios de su reino, cuando la dichosa temeridad del Conde de Candespina sacó de aquella ciudad á la Reina de Castilla. La poca armonía que reinaba entre él y su esposa era causa de que no se vieran, aun viviendo juntos, mas veces que las necesarias para cumplir como suele decirse con el mundo; y el número de sus forzadas entrevistas se redujo en Soria á una sola al dia, que se verificaba ordinariamente á la prima noche, y en presencia de tres ó cuatro cortesanos de los mas favorecidos. Así es que D. Alfonso hubiera ignorado hasta la noche la fuga de su esposa, á no habérsela revelado antes la falta del

Conde D. Pedro Ansurez. Raro era el dia en que este Señor no veía al Rey dos ó tres veces para darle cuenta de los negocios de Castilla; y como jamás se verificó que dejase de presentarse al menos una vez antes de la noche, forzosamente hubo D. Alfonso de estrañar que llegase la media tarde sin haberle aun visto. En consecuencia mandó que se fuera á buscarle á su casa, en la cual contestaron los criados que habia salido horas hacia á ver á S. A., segun creían; con esta noticia fue el encargado al cuarto de la Reina, y allí supo que en efecto D. Pedro Ansurez habia estado á ver á Doña Urraca, siguiéndole tres caballeros, y que despues de haber tenido con ella una breve conferencia, y levantádose ésta de su lecho salieron todos juntos, yendo la Reina en una litera sin acompañamiento ninguno. En la antecámara de Doña Urraca empezaron ya, segun costumbre, á formarse conjeturas en-

tre los palaciegos: uno decia que tenia datos muy positivos para creer que cansado el Rey de las altanerías é inconsecuencias de Doña Urraca, la habia enviado con todo secreto á un convento, y que impaciente por saber que se habia ya verificado, enviaba á buscar á D. Pedro Ansurez, ejecutor de sus órdenes; el otro sabia por buen conducto que la salida de la Reina encerraba gran misterio, «y vuesas mercedes lo verán dentro de poco" añadia con tono entre enfático y profético. Todos hablaban; todos decian su opinion; y cada cual se alejaba mas de la verdad que el que le habia precedido. Desde el cuarto de la Reina al del Rey enteró el criado á cuantos encontró de su comision y éxito de ella, encargándoles á todos el secreto, sin duda para con los muertos, pues antes que D. Alfonso sabian en Soria grandes y chicos que la Reina y su mayordomo habian desaparecido de palacio, y que se ignora-

ba su paradero. Como quiera que sea, el comisionado dió cuenta al Rey de Aragon del resultado de sus diligencias, que en resúmen fue que no se sabia del Conde Ansurez ni de la Reina: «mentís, dijo »furioso el Rey, es imposible.— Señor, »V. A. puede asegurarse por sí mismo de »mi verdad.— Tiembla si te has atrevi»do á engañarme.— Mi cabeza responde. »—Fortun, no te habrás enterado bien. »—Desgraciadamente no me cabe duda. »—La Reina habrá salido á alguna de sus »devociones. Sí; esto es. Al momento que »se recorran todas las iglesias y monaste»rios de la ciudad; que no quede en el al»cázar un solo criado; Fortun, que no se »perdone diligencia para encontrarla al »instante."

La idea que en aquel momento ocurrió á D. Alfonso, fue la de que Doña Urraca no pudiendo de otro modo sustraerse á su autoridad, se habria retirado al invio-

lable asilo de algun convento de religiosas: pensamiento plausible á primera vista; pero que debió desvanecerse con la consideracion de que en tal caso lo primero que el Conde de Ansurez hubiera hecho sin duda sería ponerlo en noticia del Rey. De todos modos se practicaron mil diligencias á cual mas infructuosa, hasta que á un mismo tiempo dos circunstancias descubrieron la verdad del hecho. Los soldados que estaban de guardia en la puerta por la cual salió de Soria Doña Urraca, notando que no cesaban de pasar por sus inmediaciones personas de la Real servidumbre con aire presuroso y afanado, y movidos de la natural curiosidad, detuvieron á uno de aquellos criados para preguntarle la causa de su diligencia. «La Reina »no parece en toda la ciudad, dijo el en»viado.—Ni es fácil, contestó un soldado; »no vengais con chanzonetas, hermano, »que pudiérais viniendo por lana salir tras-

»quilado.— No me chanceo, caballeros,
»lo que digo es la pura verdad; mas de
»tres horas hace que andamos buscando á
»S. A. inútilmente.— Cuerpo de mi pa-
»dre, y podréis buscarla hasta el dia del
»juicio sin mas provecho.— ¿Sabreis vos,
»señor soldado, por ventura, dónde está?
»—Donde está lo ignoro; pero puedo de-
»ciros donde no está.— Por San Pedro que
»me digais....— Lo que yo puedo decir es
»que no está en Soria.— ¡Cómo?— Ha-
»biendo salido horas ha por esta puerta.
»— ¿Con quién?— Con su mayordomo,
»dos caballeros armados de punta en blan-
»co, y una tropa de almugavares.— Las
»once mil Vírgenes me amparen: acabad
»por Dios.— No sé mas que á poco rato
»vino un caballero con otra dama encu-
»bierta, tomó un caballo, montó con ella
»y marchó como alma de sastre que llevan
»los diablos; y por último, que tambien se
»fueron en pos de él unos cuantos almu-

»gavares que esperándole estaban.— ¿Na-
»da mas?—Nada mas.—Dios os guarde por
»la merced que me habeis hecho." Y diciendo así partió como un rayo á llevar las nuevas á palacio.

La otra circunstancia que hemos indicado fue la declaracion de la abadesa del convento en donde Doña Leonor estuvo en reclusion, sobre el modo con que habia esta dama salido de él; de manera que á las ocho de la noche ya no le quedaba á Don Alfonso ninguna duda de que su esposa habia salido de Soria; y las apariencias eran de tal naturaleza que toda la culpabilidad recaía sobre el Conde de Ansurez. D. Alfonso maldecia la hora menguada en que depositó su confianza en el traidor Conde; y si por desventura hubiera podido haberle entonces á las manos, parece posible que ni tiempo para justificarse le hubiera dejado.

Los guardas de la puerta fueron releva-

dos y puestos en estrecha prision por una culpa que no habian cometido ni podido evitar; pero tal es la suerte de los débiles, siempre víctimas hasta de las flaquezas de los fuertes.

No era D. Alfonso hombre cuyo enojo se limitára á simples amenazas; la saña que ardia en su pecho solo en la sangre de sus contrarios podia apagarse; y así resolvió hacerlo. Reunidos en poco tiempo en el alcázar los nobles aragoneses presentes en Soria, recibieron órden de hallarse dispuestos á salir con sus tropas al amanecer del siguiente dia para pelear contra los castellanos. Dividiéronse los pareceres entre aquellos señores; los jóvenes dejándose llevar por el ardor propio de sus pocos años, recibieron con indecible placer el mandato del Rey; pero los mas avanzados en edad, capaces de mayor reflexion, lo consideraban como imprudente. Las fuerzas de los castellanos eran en efecto conside-

rables; la llegada de Doña Urraca á su campo debia haber aumentado el entusiasmo de sus tropas; y el Conde de Candespina era harto conocido por su pericia en el arte militar, para que ni el mismo Alfonso pudiera lisonjearse de vencerle con fuerzas inferiores. No faltó quien hiciese estas y otras reflexiones semejantes al Rey de Aragon; pero la ira le dominaba. El deseo de venganza triunfó de los avisos de la prudencia, y la salida contra los castellanos quedó irrevocablemente resuelta.

Por su parte los parciales de Doña Urraca, que teniéndola ya consigo ninguna causa tenian para detenerse delante de Soria, movieron su campo hácia Burgos con todo el concierto y precaucion posibles; pues aunque el Conde de Candespina no quiso de ningun modo aceptar ostensiblemente el mando hasta que concluyese el plazo señalado en su pacto con el de Lara, sin embargo nada se hacia sin su acuerdo

desde que se le vió tan favorecido de la Reina.

Pocas horas llevarian de marcha cuando se recibió aviso de que se aproximaba á ellos aceleradamente un numeroso cuerpo de tropas á pie y á caballo, y nadie dudó de que fuese enviado por el Rey de Aragon. La Reina oyó aquella nueva con harto pesar; pero D. Gomez la manifestó con tanta energía como brevedad que nada tenia que temer yendo en torno de ella tantos válientes castellanos; y autorizado competentemente pasó á dar las disposiciones necesarias para repeler al enemigo.

«A vos, Conde de Lara, dijo el de »Candespina, toca como á principal cau»dillo velar directamente sobre la persona »de S. A. Tomad para ello los soldados »que creais necesarios, que Dios median»te yo haré con el resto de modo que D. »Alfonso, aunque venga en persona, no »pueda estorbaros la marcha.—Pésame en

»el alma, contestó el de Lara, no poder »quedarme aquí; mas pues así lo ha que»rido la suerte, sean en buen hora todas »las glorias para vos.— Consolaos, Con»de, que ocasiones sobrarán en que po»dais acreditar vuestro brio. — Así lo es»pero."

La Reina continuó su marcha acompañada del Conde de Lara, quien viéndose libre de la embarazosa presencia de Don Gomez, empezó á dar libre curso á su carácter lisonjero.

«Preciso es, Señora, confesar, decia á »Doña Urraca, que si es grande el valor »del Conde de Candespina, no lo es me»nos su buena estrella.— ¿Por qué?— ¡Y »V. A. lo pregunta? ¿qué dicha puede ape»tecer un caballero mayor que la de con»sagrar sus servicios á la Reina de Castilla, »á la Reina de la hermosura?— No gus»to de lisonjas, Conde de Lara.— Perdo»ne V. A. si mi lengua indiscreta ha ofen-

»dido su modestia; pero es tal la fuerza »de la verdad....— Dejémos eso, y decid»me qué pensais del resultado del comba»te que en este momento se está dando. »—V. A. no puede dudar que será favo»rable á las armas de Castilla. Soldados »que lidian por Doña Urraca forzosamen»te han de vencer.— Mas que en otra co»sa fio en la pericia de D. Gomez." La Reina tenia razon.

El Conde de Candespina eligió tan bien sus posiciones para sacar partido de la ventaja que en el número tenia sobre los aragoneses, que á pesar de las acertadas medidas de D. Alfonso, la victoria tardó poco en decidirse por los castellanos. Rechazados por todas partes los aragoneses volvian sin embargo á la carga repetidas veces, no perdonando sus gefes medio alguno para estimularlos al combate: mas todo fue inútil; los castellanos dieron sobre ellos con tal furia, que rotos los escua-

drones enteramente, no les fue posible volver á rehacerse. El mismo D. Alfonso, conociendo la imposibilidad de conseguir su fin, resolvió retirarse, y le fue menester emplear toda su ciencia y valor para poder hacerlo con los pocos que á su lado conservaban aun algun órden.

Conseguido su objeto mandó D. Gomez tocar retirada, mas Hernando de Olea, que en aquel combate, como en todos, habia hecho prodigios de valor, se empeñó tanto en la persecucion de los aragoneses, que separándose enteramente de los que le seguian, que no eran muchos, se vió rodeado de enemigos; y eran tantos los golpes que llovian sobre él, que hubiera sucumbido á no ser por el Señor de Nájara. Este caballero que aunque menos arrebatado no cedia en valor á Hernando, le habia seguido muy de cerca, y acudió á propósito para sacarle del eminente peligro en que se hallaba; uniéronse despues con

Candespina y todos juntos marcharon á encontrarse con la Reina.

Ésta seguia su marcha con no poco sobresalto, y oyendo apenas las contínuas y refinadas alabanzas que el Conde de Lara la prodigaba, hasta que recibió noticias de la completa derrota de las tropas de su mando, que entonces ya, segun algunos autores, empezó á saborear las lisonjas del galante Conde; cuyo carácter no podia ser mas á propósito para captarse su voluntad.

CAPITULO III.

Al mismo tiempo que el ejército castellano levantó el cerco de Soria, marchando á Burgos, salió de los reales el Conde D. Pedro Ansurez, libre de los hierros que temia arrastrar largo tiempo; pero abrumado con el peso de su repentina y terrible desgracia. Un solo instante habia disipado el mágico edificio de sus esperanzas, y á la manera con que el infeliz que en sueños ve terminados sus males, halla al despertarse la triste realidad de su duracion, así tambien D. Pedro, pronto á conseguir cuanto deseaba, se vió de repente desamparado y solo en el universo. Su penetracion era demasiada para que pudiese ocultársele cuán peligroso sería volver á Soria, pues aunque á la verdad estaba inocente en todo lo acaecido, le era imposi-

ble presentar de ello pruebas tan evidentes, como sin duda exigiría Don Alfonso. Por otra parte, aun suponiendo que lográra justificarse, no desconocia el Conde que á menos de renunciar para siempre á Castilla, no podia volver á unirse con los aragoneses; pues ya era demasiado general la sublevacion de los castellanos para que llegase enteramente á sofocarse. Estas reflexiones y otras no menos graves le decidieron á marchar á Valladolid, ciudad principal de sus estados, en la cual podia permanecer, con alguna seguridad de su persona, hasta que la fortuna decidiéndose por uno de los dos partidos, le indicase cuál era el que debia seguir; y así lo verificó en efecto.

D. Alfonso imposibilitado por falta de tropas de renovar sus ataques contra el ejército de Doña Urraca, regresó á Soria: de allí marchó á Aragon llamado por asuntos de la mayor importancia; y abando-

nando por entonces las cosas de Castilla en manos del destino, dedicó su atencion á las guerras que contínuamente sostenia contra navarros y franceses. Y no fue esta la única circunstancia que contribuyó á favorecer el partido de la Reina, sino que apenas llegada esta Señora á Burgos, ciudad que se entregó sin demora por capitulacion, se recibieron cartas de Compostela, en las cuales anunciaba su arzobispo que el Sumo Pontífice le habia comisionado para que en su nombre juzgase definitivamente de la validez del matrimonio entre Doña Urraca y D. Alfonso. Esta nueva causó en la corte de Burgos la mas agradable sensacion: todos sabian que el grado de parentesco de los dos augustos contrayentes era bastante para que el matrimonio fuese de hecho nulo, y no se dudaba de que el juez nombrado por su Santidad decidiese con toda justicia; porque D. Diego Gelmirez, primer arzobispo de

Compostela, era un prelado digno de los primeros tiempos de la Iglesia, por su celo, saber y virtudes; y su notorio patriotismo ademas le habia hecho el ídolo de cuantos le conocian. Pero si los que miraban aquel negocio, únicamente bajo el aspecto político, se llenaron de gozo al saber la resolucion del Papa: figúrese el lector cuál sería el júbilo del Conde de Candespina. Sus señalados servicios, no solo al Estado sino á la persona de la Reina, y en particular el último, le daban en efecto derecho á esperar, no sin fundamento, que libre Doña Urraca de los lazos que la unian al Rey de Aragon podria tal vez verificarse el proyecto de los grandes que se juntaron en Mazcaraque á fines del reinado de Alfonso VII; y ademas el agrado con que Doña Urraca le continuaba tratando alentaba infinito sus esperanzas. Mas no por esto varió D. Gomez de conducta: siempre modesto, siempre afable con sus

inferiores é inflexible con los iguales, era adorado del pueblo y respetado, aunque no querido, de los grandes. No así el Conde de Lara, quien fiado en su fortuna tambien osaba aspirar á verse algun dia Rey de Castilla, cosa difícil, mas no imposible. Aunque la reputacion de este Señor no fuera tan general ni tan sentada como la del Conde de Candespina, sin embargo sus riquezas eran grandes, muchos sus parientes, y podia contar en su partido á infinito número de cortesanos amantes del ocio y la disipacion, quienes preveían su nevitable ruina con el triunfo de Don Gomez.

Todo esto lo sabia el Conde de Lara, y de todo sacaba partido: su casa era el centro, el foco, digámoslo así, de cuantas diversiones y festejos se disfrutaban en la corte. De ella salian las modas en el vestir, las divisas para los torneos y las serenatas nocturnas; la reputacion de las da-

mas, no era, es verdad, muy respetada entre sus secuaces; pero en cambio no habia género de galantería que no se inventase para deslumbrarlas, y particularmente á Doña Urraca.

En la corte, en misa, en paseo, nunca dejaba de presentarse á la Reina el Conde de Lara con cuanta gala y bizarría podia ostentar; seguíanle sus amigos, y él y ellos no cesaban de alabar cuanto hacia y decia la Reina. Desgraciadamente era ésta harto sensible á la lisonja, y manejada con arte por un caballero galan y discreto, no podia dejar de hacerla alguna impresion, sobre todo por el notable contraste que ofrecia este proceder con el del Conde de Candespina. Afluente y adulador el primero, lacónico y grave el segundo; severo el uno, licencioso el otro; encomendando aquel á los hechos de mostrar su pasion sin hablar nunca de ella, y manifestándola el otro con cuantas este-

rioridades alcanzaba: en todo eran distintos. Doña Urraca tenia inclinacion á los placeres, y aborrecia sobre todas las cosas sujetarse á agena censura; de modo que D. Gomez era para ella un amigo de cuya sinceridad no podia dudar; pero al mismo tiempo un hombre rígido, á quien miraba mas bien como á padre que como á amante: D. Pedro de Lara, que por el contrario siempre se hallaba dispuesto no solo á tomar parte en cualquiera diversion, sino á inventarlas en caso de necesidad, y que parecia adivinar los deseos de la Reina, era muy á propósito para cautivar su corazon. El agradecimiento y la razon militaban por D. Gomez; pero Don Pedro tenia á su favor las naturales inclinaciones de la Reina.

Aun no habia pasado un mes desde que esta Señora se hallaba en Burgos, y ya su conducta era totalmente distinta, que cuando llegó á aquella capital de sus estados.

Consultaba como siempre los árduos negocios del reino con el Conde de Candespina; mas en vez de seguir solamente su dictámen como al principio lo hacia, nunca dejaba de pedir el suyo al Conde de Lara, cuya influencia y valimiento se aumentaban visiblemente. Mas á pesar de todo no estaba D. Pedro satisfecho, conociendo que la lucha era todavía muy desigual, pues al cabo no podia desvanecer los servicios positivos de D. Gomez. Ocurrióle para alejarle de la Reina un espediente plausible, y se lo propuso á ésta en ocasion de un festin que se daba en el alcázar. El de Candespina rara vez concurria á tales asambleas, que no aprobaba mucho, pareciéndole que las circunstancias eran todavía harto peligrosas para pensar en diversiones; y precisamente por la misma razon de que él no iba á ellas, las promovia su rival con mas empeño. «Pen»sativo estais, Conde de Lara, dijo la Rei-

»na, viendo que por primera vez no to-
»maba éste, al parecer, interés en la bri-
»llante reunion que encerraba el alcázar.
»—Confieso á V. A., contestó el Conde,
»que lo estoy mas de lo que yo quisiera.
»— ¿Estaríais por ventura enamorado?
»—Pudiera decir á V. A. que sí, en caso de
»poderse llamar amor el que se profesa á
»un Dios; pero debe decirse de esto adora-
»cion.—Sutíl estais; pero al cabo no sa-
»brémos qué os ocupa tanto el pensamien-
»to.—Lo que siempre, Señora; los inte-
»reses de V. A.— ¿Mis intereses? yo os lo
»agradezco. ¿Y no me diréis qué punto de
»ellos es el que tan importante os parece,
»que ni aquí podeis apartarlo de la memo-
»ria?—¡Y cuándo se aparta V. A. de ella?
»Pero V. A. me permitirá que la haga pre-
»sente que este parage no es el mas opor-
»tuno para tratar negocios de importancia.
»—Sin embargo, habréis de decírmelo,
»pues aunque Reina, soy muger, y como

»tal, curiosa. — La voluntad de V. A. es »ley para mí. — Decid pues. — Pensaba, »Señora, que D. Alfonso no dejará de te- »ner sus agentes en Compostela, y que la »presencia de V. A. en aquella ciudad se- »ría muy útil para la pronta y mejor deci- »sion del juicio en cuestion. — No está »mal pensado, Conde de Lara, y yo os »agradezco la solicitud; pero no me pare- »ce prudente dejar á Castilla en este mo- »mento. — V. A. juzga con su acostum- »brado tino, mas no sería imposible obviar »ese inconveniente.—No lo alcanzo.—Por »ejemplo, si V. A. dejase en estos Reinos »una persona de toda su confianza, como »el Conde de Candespina, ¿no bastaría su »presencia para mantenerlos en la debida »obediencia? — Pudiera ser. — Verdad es »que tendría V. A. que privarse por algun »tiempo de sus consejos: ¿Mas Doña Urra- »ca de quién necesita para dirigirse?—Pen- »saré en vuestro proyecto, que no me pa-

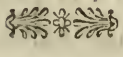
»rece despreciable. — Mis intenciones al »menos...—Conde de Lara, estoy penetra»da de ellas." Así se terminó con no poco placer de D. Pedro esta conversacion. Lejos del Conde de Candespina veía muy bien que no tardaria en ser pronto el privado de la Reina, y una vez llegado á tal punto no contaba dejar espacio á su rival para perjudicarle.

La Reina por su parte empezaba á cansarse de la estancia en Burgos, y tanto para variar de posicion, como con la idea de acelerar su divorcio, resolvió su viaje á Compostela, anunciándoselo así al Conde de Candespina la mañana misma que siguió á la noche del festin de que acabamos de hablar.

D. Gomez á pesar de que sentia vivamente tener que separarse de la Reina, no se atrevió á oponerse á su voluntad; y consintió, aunque no sin pena, en sacrificar sus intereses personales á los de Doña Ur-

raca. Ésta se manifestó con él tan cariñosa en aquella ocasion, que poco le faltó ya al Conde para arrojarse á sus pies y declarar abiertamente su pensamiento; contúvose sin embargo reflexionando que aun era esposa de otro, y reservó para tiempo oportuno manifestar sus pretensiones. Siendo tan agena la envidia del carácter de Candespina como la cobardía, no le alarmó la privanza del Conde de Lara: conocia su infinita superioridad sobre él, y ni por el pensamiento le pasaba que la Reina pudiera nunca escoger á Don Pedro para marido.

Sin duda no era aun en aquel tiempo proverbial la sentencia de que cuando las mugeres tienen en que escoger, escogen lo peor, que está muy vulgarizada en nuestro siglo.



CAPITULO IV.

En tanto que pasaba en Burgos lo que acabamos de referir, llegó el Conde de Ansurez á Valladolid, y sabiendo que el Pontífice habia nombrado juez á Don Diego Gelmirez, en el pleito del divorcio de los Reyes, no dudó un momento en abandonar el partido aragonés, y en efecto proclamó que reconocia la autoridad de Doña Urraca, y que sometía á ella cuantas ciudades, villas y aldeas de él dependían; haciéndoselo saber á la corte por medio de un mensaje. Bien hubiera querido Doña Urraca despojarle de todos sus estados; pero el Conde de Candespina se lo disuadió, y la única medida de precaucion que se tomó fue la de poner alcaides de conocida fidelidad á la Reina en los castillos y fortalezas que habian hasta allí seguido el bando aragonés. Mas D. Pedro

al mismo tiempo que trataba de reconciliarse con sus compatriotas, no quiso perder enteramente la gracia del Rey de Aragon, por si un dia variaban de aspecto los negocios. Difícil empresa era la de conservar á un tiempo la amistad de dos potencias enemigas, como Castilla y Aragon, gobernadas por dos esposos á punto de divorciarse; pero sin embargo creyó el Conde de Ansurez haber hallado medio para conseguirlo. Con este objeto salió de Valladolid para Aragon, llevando en su compañía algunos criados, y cuando estuvo en el pueblo, donde momentáneamente se hallaba D. Alfonso, se presentó ante él vestido de ropas de sayal, cubierta la cabeza de ceniza, ceñido el cuello con una cuerda de esparto y descalzos los pies, (*)

(*) El hecho que aquí se refiere es absolutamente histórico, y conviniendo en su relacion cuantos han escrito sobre la materia, desgraciadamente para la memoria del Conde, es indudable.

que mas parecía penitente ó ajusticiado, que noble castellano. Fue esto en ocasion que el Rey salia de su alojamiento con algunos cortesanos, y viendo aquel hombre tan estrañamente aderezado, se paró á considerarle preguntándole. «¿Qué es eso, her»mano, qué os ha acaecido que así venís? »—V. A. no me conoce, contestó el Con»de, y yo....—¿Cómo, traidor, osas po»nerte en mi presencia? ¡Ola! Prended»le. — Rey Alfonso escuchadme. Vedme »aquí á vuestros pies: yo os he servido fiel »y legalmente mientras he podido hacer»lo; pero Dios dispuso las cosas de distin»to modo del que vos y yo esperábamos. »No fuí yo quien sacó á la Reina de Soria. »— ¿Ni quien puso en su poder las plazas »de Castilla la vieja?—He debido hacerlo. »Toda Castilla.... —Callad, noramala, y »quitaos de mi presencia, ó pesaros há." Volvió con esto el Rey la espalda al Conde, dejándole mohino y pesaroso del mal

efecto que produjo su mogiganga. Desde allí regresó á Valladolid, donde despreciado por todos los partidos, empleó á lo menos útilmente el resto de sus dias fundando diversos establecimientos piadosos, y construyendo varios edificios públicos, entre los cuales el puente que aun existe en aquella ciudad.

La Reina en este intermedio se habia trasladado con toda su corte á Compostela, donde estaba su hijo del primer matrimonio, á la sazon aun muy niño. D. Pedro de Lara, que la acompañó en aquel viaje, era quien todo lo gobernaba en su casa. Insensiblemente y á fuerza de lisonjas llegó á adquirir tal ascendiente sobre el ánimo de Doña Urraca, que no sabia ésta dar un paso sin su consejo. Poco á poco fue abandonando la aparente moderacion de que al principio usaba: todo habia de humillarse en su presencia, sopena de caer en desgracia el que osára resistir-

le; y no contento con avasallar á los que dependian de la corte de Castilla, quiso hacerlo del mismo modo con los grandes de Galicia. Pero aquellos magnates tenian sobrado orgullo para ceder, y tanto mas cuanto que á la sazon no eran realmente súbditos de Doña Urraca, pues al morir el padre de esta princesa legó en su testamento á su nieto D. Alfonso el condado independiente de Galicia; y á mas, como ya se ha dicho, le habian aclamado Rey de Castilla sus tutores los Condes de Traba. Estos que eran dos hermanos, de linage esclarecido y gran poder en Galicia, no podian tolerar las altanerías del Conde de Lara; diariamente habia entre ellos competencias sobre la preferencia en los asientos en asambleas y funciones; de estas nimiedades se pasó como de ordinario sucede, á cosas de mayor importancia; y por último ambos partidos se declararon la guerra abiertamente. Doña Ur-

raca cediendo á las sugestiones de su privado, jamás quiso tratar á su hijo mas que como á Conde de Galicia, y los hermanos Traba pretendian que el Conde de Candespina le habia reconocido en nombre de S. A. como Rey de Castilla. De aquí resultó que los compostelanos empezaron á mirar con no poca animosidad á Doña Urraca, y que por fin estalló el furor popular de una manera espantosa.

En ocasion de una fiesta que se celebraba en la metropolitana iglesia de Compostela se empeñó el Conde de Lara en que la Reina habia de ocupar asiento preferente al de su hijo D. Alfonso, y aunque los tutores de éste al principio oponian una obstinada resistencia, cedieron sin embargo á las súplicas del dignísimo arzobispo D. Diego Gelmirez. Llegó en efecto el dia de la fiesta, y la Reina ocupó su asiento sin dificultad; pero apenas vieron los gallegos al niño D. Alfonso pospues-

to á su madre, cuando arrebatados de saña salieron del templo, y ya fuera de sí con la cólera se amotinaron pidiendo á voz en grito la cabeza de D. Pedro de Lara, y tratando con sobrado desacato la persona misma de Doña Urraca. Conoció ésta, aunque tarde, su imprudencia, y entonces echó de menos por primera vez á su leal D. Gomez. Concluido el Oficio Divino se trató de salir de la iglesia; pero el populacho furioso la rodeaba: los mismos Condes de Traba procuraban en vano calmar el tumulto, y empezaban á temer algun funesto acontecimiento.

La Reina y sus damas mas parecian cadáveres que personas vivientes; el Conde de Lara, poseido de un terror pánico, no acertaba á proferir una palabra; y solos tres individuos conservaban alguna sangre fria en aquel trance, que eran el Arzobispo, Hernando de Olea y su inseparable compañero D. Diego Lopez. Estos

dos últimos opinaban que formando un escuadron los cortesanos, saliesen espada en mano con la Reina y sus damas; pero D. Diego Gelmirez no quiso consentir en ello. «Harta sangre de cristianos' »dijo, ha sido derramada por cristianos; y »los enemigos de Dios triunfan con nues»tras criminales enemistades. En nombre »del que todo lo puede os prohibo hacer »uso de las armas.—Padre mio, le con»testó la Reina, vuestra elocuencia podrá »tal vez calmar á esos furiosos.—Señora, »mi elocuencia es ninguna; pero Dios que »ve la pureza de mis intenciones hablará »por su siervo.—Sí, dijo por fin el Con»de de Lara, habladles, Santo Pastor, y tal »vez...—Tal vez, interrumpió Hernando, »no pudiendo ya contenerse, tal vez va»liera mas que vuestras locuras no hu»bieran irritado á ese Pueblo." Iba el Conde á contestar, mas el Arzobispo y la Reina interpusieron su autoridad, lo que

acaso no hubiera bastado para detener á Hernando ya ciego de cólera; pero Doña Leonor asiéndole del brazo no tuvo mas que decirle, con una voz que penetró hasta lo íntimo de su corazon, «¡Hernando »mio!" y el irritado Leon se convirtió en manso cordero.

Salió sin perder tiempo el Arzobispo á arengar al pueblo: el espíritu divino parecia inspirarle; sus razones eran concluyentes; mas el furor dominaba á los gallegos, y se obstinaron en que á nadie dejarian salir del templo mas que á los sacerdotes, sino se entregaba á su venganza el Conde de Lara. No faltó quien opinase entre los cortesanos, que pues la necesidad lo exigía, debia sacrificársele al interés general; mas ni la Reina lo hubiera consentido nunca, ni aprobádolo la mayoría de aquellos caballeros. Probáronse en vano todos los medios imaginables para aplacar á los amotinados, y la ansiedad de la corte

de Doña Urraca no podia ser ya mayor, cuando el Arzobispo imaginó un espediente tan ingenioso como arriesgado para él, con que salvar á los castellanos. Despojóse de sus sagradas vestiduras y cubrió con ellas al Conde de Lara, quien á favor de este disfraz salió de la Iglesia sin que nadie se lo estorbára, rodeado por los familiares del Arzobispo, que tenian los curiosos á suficiente distancia para que no pudiesen conocerle; y pasado el tiempo que creyó bastante para que el Conde, segun habian concertado, saliese á caballo de Compostela, se mostró el mismo Prelado al pueblo: le hizo relacion del ardid de que se habia valido para evitar que cometiese un crímen horrendo, «y si necesitais absolutamente para calmar vuestra »ira una víctima, dijo, aquí me teneis; »pronto estoy á terminar por complaceros »una vida, que toda entera os he consa»grado. Pero cuando el Dios de las ven-

»ganzas me pregunte, ¿qué has hecho »del rebaño que te he confiado? Señor, »diré: el enemigo del género humano se »ha apoderado de él; mis ovejas descar»riadas corren ciegas á la perdicion; y »entonces el Omnipotente soltando la rien»da á su irresistible enojo, dejará caer »sobre vosotros todo el peso de su ira. »La maldicion de Dios.... Pero no, com»postelanos: aun es tiempo de reparar »vuestras faltas. Acatad en la persona de »Doña Urraca la imágen de Dios en la »tierra; dejadla salir libremente y yo im»ploraré para vosotros la Divina miseri»cordia."

Este breve discurso, las sugestiones caritativas de varios eclesiásticos que andaban mezclados entre el pueblo, y la idea de que ya se les habia escapado el objeto principal de su venganza, redujeron á los rebeldes á términos mas razonables, haciéndoles por fin consentir en dar libertad

á la Reina, con condicion de que saliera en las veinte y cuatro horas de Compostela, reconociendo antes el título de Rey de su hijo, y su soberanía especial é independiente en el condado de Galicia. En todo consintió Doña Urraca, y todo lo cumplió exactamente, pues suplicando al Arzobispo el pronto despacho del pleito de su divorcio, salió aquella misma tarde para Leon.

Tales eran los aciagos sucesos del partido de Doña Urraca en Galicia, mientras que el Conde de Candespina, su leal servidor, lograba á fuerza de actividad, talento y política, reducir á su obediencia á Castilla y Leon, y organizar un ejército capaz de hacer frente á D. Alfonso; quien habiendo hecho treguas con los navarros, era de presumir volviese las armas contra su muger. Así lo hizo en efecto; pero sabedor de que Doña Urraca se hallaba en Galicia, é ignorando el suce-

so porque tuvo que ausentarse de aquel Reino antes de lo que pensaba, se encaminó contra él. Derrotó completamente el ejército gallego, mandado por los hermanos Traba, y es posible que su hijastro hubiera caido en sus manos, si el Arzobispo de Compostela no se hubiera refugiado con él á Portugal. Con noticia de estos acontecimientos trajo el Conde de Candespina sus tercios á las fronteras de Galicia; pero la llegada del invierno terminó aquella campaña sin dar lugar á que castellanos y aragoneses viniesen á las manos, retirándose los primeros á sus cuarteles de invierno, y los segundos, ricos con los despojos de los infelices gallegos, á su patria. A pesar de la agitacion contínua en que las circunstancias tuvieron todo aquel tiempo á D. Diego Gelmirez, no descuidó el íntegro Prelado el exámen del casamiento de Doña Urraca con el Rey de Aragon; y despues de haberlo to-

do considerado con el tino y prudencia que le carecterizaban, declaró poco tiempo despues de su regreso á Compostela, que en nombre del Sumo Pontífice decidia ser enteramente nulo el matrimonio de la Reina de Castilla, promulgando su sentencia con las formalidades de costumbre.

CAPITULO V.

Aprovechando el Conde de Candespina las treguas que en aquellos tiempos daba el invierno á la guerra, fue á Leon, ciudad en que Doña Urraca tenia entonces su corte, movido tanto por el deseo de verla como por el de empezar á disponer las cosas para su proyecto favorito; pues disuelto ya el matrimonio de la Reina su pretension era legal. La manera con que Doña Urraca se habia separado de él, prodigándole las señales del mas sincéro afecto, le hacia creer con fundamento que sus proposiciones serían favorablemente acogidas, y entregado á las mas lisonjeras esperanzas, dió vista á las torres de la ciudad de Leon; pero aún distaria una media legua de ella cuando salió á recibirle su fiel amigo Hernando de Olea. Pasada

la alegría del primer momento, trabaron conversacion como era natural sobre lo ocurrido en Galicia, y despues de haber Hernando referido aquellos acontecimientos: «cómo ha de ser, dijo el Conde, ya »no tiene remedio. Decidme ahora algo de »vuestros asuntos: ¿cuándo os casais con »la bella Leonor?— No se tardará mu»cho, D. Gomez; por la Reina ya estaría »hecho, pero yo....— Es posible: ¿por vos, »Hernando, se ha diferido?— Sí, Con»de, por mí: ¿habia yo de casarme sin »estar vos presente? No por cierto.— Con »que en efecto la Reina continúa intere»sándose por vos.— ¿Qué sé yo? no es »todo oro lo que reluce.— ¿Cómo? no os »entiendo.— Ni es fácil; porque mientras »habeis estado ausente son tantas las mu»danzas que ha habido.... Pero vos lo ve»réis por vuestros propios ojos.— Espli»caos en nombre del cielo.— No quisiera »anticiparos un disgusto.— Hernando, en

»nombre de la amistad que nos une, decid-
»me qué es lo que se ha mudado.— Todo:
»Doña Leonor no goza ya de la privanza
»que antes con la Reina; Hernando y D.
»Diego Lopez son respetados en la corte
»porque es fama que tienen muy larga la
»espada; el nombre de Candespina se pro-
»nuncia aún alguna vez en el alcázar, pero
»á modo de palabra de conjuro, en voz
»baja y como si fuera un delito.— ¡Qué
»me decís?— ¿Os sorprende? Es natural.
»—Si me lo dijera otro que vos, no lo
»creyera.— Mirad, Conde, yo lo estoy
»viendo y apenas lo creo. Por lo mismo
»he ocultado en Leon vuestra llegada. Na-
»die en la corte sino D. Diego y yo os es-
»pera: nadie está prevenido. Fácil os será
»sorprendiéndolos convenceros de mi ver-
»dad.— ¿Pero á qué atribuir tan estraña
»mudanza? Cuando la Reina salió de Bur-
»gos....— Cuando la Reina salió de Bur-
»gos estaba muy reciente el servicio que

»acabábais de hacerla, y no habia tenido »tiempo aún el vil D. Pedro Gonzalez.... »—¡Hernando! ¡Hernando! ¿De un noble »hablais así?— Su nacimiento podrá ser »noble; pero sus hechos son villanos. Siem»pre adulando al que tiene delante: siempre »calumniando á los ausentes...— Pero vea»mos...— No hay mas que ver sino que pa»rece que ha hechizado á la Reina. Per»dóneme Dios; pero imposible es que no »haya brujería.— Dejad por la Vírgen »Santa eso, y decidme si en fin Doña Urra»ca se ha mudado completamente.— Plu»guiera á Dios que yo me engañase; pero »está desconocida. Castelar y Soria han »desaparecido de su imaginacion; no hay »aragoneses que puedan contrastarla; y to»do en el mundo se cifra en ese malaven»turado D. Pedro, que á fuerza de reve»rencias y palabras blandas la ha trastor»nado.— ¿Y es posible que haya caido en »redes tan groseras?— Es muger, y...— Te-

»neos; es nuestra Reina.— Vos lo veréis.
»—Podrá ser; pero nunca me olvidaré de
»que soy su vasallo.— Ni yo, D. Gomez;
»mas me duele ver que un miserable se
»lleve el fruto de vuestras fatigas.— Dejé-
»moslo á la mano de Dios, que él lo dis-
»pondrá como mas convenga."

Razonando así llegaron á Leon. No dudaba el Conde de la sinceridad de su amigo; pero como á pesar de todo el cariño que le profesaba no tenia la mas alta idea de su penetracion, dudó dar crédito á cuanto le referia, creyendo se hubiese fascinado por un esceso de amistad. Sin embargo se engañaba: la privanza del Conde de Lara era tan pública que no se necesitaba mas que tener ojos para verla; y por otra parte el frecuente trato con su futura esposa Leonor, habia civilizado, por decirlo así, á Hernando. De todos modos el Conde, lleno de dudas harto fatales, hizo que su amigo anunciase á la Reina su

llegada; pidiendo al mismo tiempo permiso para presentarse á besar sus pies. Fue Hernando á desempeñar aquella comision precisamente en un momento en que el Conde de Lara se hallaba en compañía de la Reina. «¡D. Gomez en Leon! esclamó »algun tanto turbada Doña Urraca.— ¿Sin »consentimiento de V. A? añadió impru»dentemente Lara.— ¿Por ventura estaba »desterrado el Conde de Candespina? le »preguntó Hernando arrojándole una fu»riosa mirada al mismo tiempo. — Y bien »decidle que puede desde luego presentár»senos.— V. A. será obedecida."

Salió Hernando y quedaron solos la Reina y Lara pensativos ademas uno y otro. Por primera vez meditaba Doña Urraca en qué habia dejado, que bajo todos aspectos, adquiriese demasiado ascendiente en su espíritu el rival del Conde de Candespina. Las pretensiones de éste á su mano estaban autorizadas, no solo por sus

recomendables prendas, y servicios relevantes, sino ademas por la opinion del pueblo y el voto espreso de la mayoría de la nobleza; su conciencia, decia á la Reina, que si algun hombre era acreedor á ser su esposo, sin duda habia de ser el Conde de Candespina; pero su inclinacion hablaba á favor de Lara. Como hábil cortesano habia de tal modo llegado á comprender D. Pedro el carácter de Doña Urraca que ella misma no se entendia tan bien como él. Debilidades, virtudes, inclinaciones, antipatías, de todo sabia aprovecharse, todo servia para sus fines. Sin embargo la repentina llegada de su rival no dejaba de sobresaltarle; Don Gomez era hombre que tenia en sí tantos ó mas recursos que él para emplearlos en la intriga, si queria hacerlo; y si hasta allí habia desdeñado tales medios, ¿quién aseguraba que en adelante haria lo mismo? Estas y otras reflexiones análogas ocuparon largo

rato á Doña Urraca y D. Pedro, hasta que pareciendo volver éste en sí, dirigió en tono abatido la palabra á la Reina de este modo. «V. A. me dará su permiso para »que yo me retire.— ¿Y para qué? ¿dón»de vais?— Señora, mi presencia en este »momento, cuando no molesta, es al me»nos inútil.— Si lo fuera, la Reina os lo »hubiera manifestado.— No quiera Dios »que yo ofenda á V. A.; pero V. A. va á »recibir....— ¿Al Conde de Candespina? »—Sí Señora, á ese mortal privilegiado »que dos veces ha tenido la dicha de sal»var á V. A.; al que una vez fue propues»to para vuestro esposo.— Vuestra pre»sencia no me impedirá el recibirle.—¡Se»ñora!— Quedaos.— Por cuanto hay de »sagrado suplico á V. A. que me permita »retirarme.— ¿No podré yo saber qué »razones son las que producen tan estraña »conducta?— Permítame V. A. que calle. »—No puede ser; esplicaos.— V. A. quie-

»re que yo mismo pronuncie mi sentencia »de muerte.— ¿Qué estáis diciendo, Con»de de Lara? ¿Habeis perdido el juicio? »—Sí Señora, loco debo de estar, pues »he osado....— ¿Qué es lo que habeis osa»do?—Voy á decirlo; pero al menos pro»métame V. A. su indulgencia.— Conce»dida; hablad.— Y bien, Señora, mi te»meridad es inaudita: miserable mortal, »me he atrevido á poner los ojos en el »cielo. Amo, adoro, idolatro á V. A. (di»jo esto arrojándose á los pies de la Rei»na), me habeis prometido indulgencia. »Sabeis mi fatal secreto; quereis aún que »presencie el triunfo del que....— Basta; »reportaos, que alguien se acerca;" y humedecidos los ojos tendió la mano á Lara para ayudarle á levantarse.

Un hombre se acercaba en efecto, y era el mismo Conde de Candespina. Jamás hubo personas mas turbadas que la Reina y los dos Condes. El de Candespina á pe-

sar de venir ya prevenido por Hernando, no queria dar crédito á sus ojos viendo la reserva de Doña Urraca; ésta despues de haberse informado de la salud de D. Gomez, hizo rodar la conversacion sobre asuntos políticos, con objeto de serenarse y disimular mas bien su turbacion; y Lara recobrando en un instante su aire apacible y lisonjero, se mostró con el Conde de Candespina como hubiera podido hacerlo su mas sincéro amigo.

La posicion de los tres actores de aquella escena era tan violenta, que no podia ser de larga duracion. D. Gomez que apenas acertaba á contener su enojo, fue quien primero pidió á Doña Urraca permiso para retirarse, y ella temiendo quedarse de nuevo á solas con Lara, le hizo seña para que saliese al mismo tiempo que el de Candespina. Salieron pues juntos ambos magnates de la cámara de la Reina, absortos cada uno en reflexiones bien distintas en su

especie: Lara á quien no se ocultó la profunda emocion que causó en la Reina su amorosa declaracion, y que habia presenciado la fria acogida que obtuvo su rival, rebosaba de júbilo y daba libre curso á los ambiciosos proyectos de su fantasía; Candespina por el contrario, tocando la triste verdad de cuanto su amigo le habia dicho, veía perdido todo el fruto de sus incesantes trabajos, sin saber á qué atribuirlo, ni qué partido tomar. Todas las pasiones imaginables combatian á un tiempo su despedazado corazon, y á dar en hombre menos firme en la senda de la virtud, hubieran podido producir grandes trastornos en Castilla; pero el Conde de Candespina no se desviaba jamás del camino recto. «Desconoce mi lealtad, decia entre sí; »paga mis servicios con frases estudiadas y »vacías de sentido; prefiere el dulce veneno »de la lisonja á la santa verdad que me es »imposible ocultar: no importa: siempre

»es mi Reina; mi vida es suya; consa-»grémosla á su servicio, y tal vez cuando »yo no exista lograré al menos que mi me-»moria la cueste alguna lágrima." Pero á pesar de toda su filosofía, aquel golpe fue mortal para D. Gomez. Llegó á su casa tan demudado que los criados se asustaron al verle, mas él, asegurándoles que nada tenia de particular, se encerró en su cuarto dando órden que á nadie se dejase entrar, incluso el mismo Hernando de Olea. Así permaneció luchando entre mil afectos contrarios hasta el siguiente dia por la mañana que dió la órden de que todo se hallase dispuesto para salir de Leon antes de dos horas, y en seguida salió dirigiéndose al alcázar.

No habia pasado aquellas veinte y cuatro horas Doña Urraca muy agradablemente: la inclinacion y el deber la indicaban dos caminos opuestos uno al otro. Su corazon se habia ya decidido; pero la

justicia clamaba contra aquella eleccion, y la Reina no podia acallar el grito de su conciencia. Por otra parte no tenia á quien acudir pidiendo consejo; su confidenta Leonor, apasionada y prometida esposa de Hernando de Olea, era demasiado parcial de Candespina para contar con ella; y las demas Señoras que la servian, no habian llegado á adquirir suficiente confianza para depositar en ellas secreto de tanto peso. La Reina no habia querido recibir á nadie en particular, ni menos presentarse en público; pero cuando la anunciaron que el Conde de Candespina solicitaba una audiencia, no se atrevió á negársela. «Decidle que á nadie he recibido, pe»ro que á él no sabré rehusarle que me ha»ble cuando quiera, dijo á la dama que »habia entrado el recado, y cuando salió »de la cámara añadió á media voz.— ¡cuán »caros me cuestan tus servicios, Conde de »Candespina!''

CAPITULO VI.

Por mas que un Soberano quiera ocultar sus inclinaciones; por mas estudio que ponga, para que los que le rodean no conozcan quién es la persona que mayor afecto les merece, puede decirse que es casi imposible que los cortesanos no lleguen á descubrirlo. Unicamente ocupados en espiar las acciones del Príncipe, son como la ligera veleta, que varía de direccion á impulso del mas apagado soplo del viento; el ensalzado conoce su fortuna en las adoraciones que los palaciegos le tributan antes que en los favores del Soberano; y el pobre caido preverá su próxima desgracia, por poco tacto que tenga, en la imprudente altanería con que le tratarán. Decimos esto, porque era curioso y deplorable á un tiempo observar la diversa con-

ducta de la mayor parte de los cortesanos de Castilla, respecto al Conde de Candespina, antes de su ausencia y despues de su regreso. Entonces no se hablaba mas que de su valor y magnanimidad: el uno decia que era el mejor capitan de su siglo; el otro que no habia hombre de estado que le igualase en saber; y el de mas allá le citaba como el espejo de los caballeros. Todos se honraban con su amistad; haber hablado con el Conde de Candespina un cuarto de hora seguido, era una dicha de que se hacia el mayor aprecio, y el favorecido tenia cuidado de recoger las espresiones del héroe de Castelar, para repetirlas como otros tantos apotecmas y textos sagrados. Un enjambre de hambrientas moscas no acude mas presuroso á los panales, que la multitud de los cortesanos corria en los salones del alcázar de Burgos á colocarse de modo que cada uno de ellos pudiera hacerse visible personalmen-

te al libertador de la Reina. Los menores movimientos de su rostro, una sonrisa, un gesto hecho impensadamente, el aire mas ó menos preocupado de su persona; todo daba pávulo á las conversaciones; todo producia interminables conjeturas. ¡Cuán diferente cuadro se hubiera presentado á la vista del observador en el alcázar de Leon!

Seguia el Conde de Candespina á una dama de la Reina que le guiaba á la cámara de su Señora; y ambos caminaban tan despacio y tan cabizbajos, que era imposible verlos sin adivinar que cada uno iba entregado á sus reflexiones particulares, prescindiendo absolutamente del otro. La mas profunda tristeza se veía estampada en el rostro de Candespina: no habia podido perder aquella fisonomía, su natural nobleza; mas tampoco conservaban sus ojos la generosa audacia que le caracterizaba en tiempos mas dichosos. La

posicion de los cortesanos era verdaderamente crítica. Si otro cualquiera hubiese caido de la gracia de la Reina, tenian ya marcada la senda que seguir, cortando con él todo género de comunicaciones, y afectando tratarle con el mas alto desprecio; pero con el Conde de Candespina les era imposible portarse de tal modo. Las razones eran muchas y muy claras: ciertamente el Conde D. Gomez habia cesado de ser el favorito de la Reina; pero estaba lejos de hallarse mal quisto de ella. Lara era el mas querido; Candespina el mas estimado; aquel el mas obedecido; éste el mas respetado. Tratar con desprecio al Conde de Candespina, era arriesgarse á probar los filos de su terrible tizona; conservar con él los ademanes respetuosos, que en otro tiempo, perderse para siempre con el Conde de Lara. ¿Qué hacer pues? ¿Cómo navegar en aquel mar sembrado de escollos? Un solo arbitrio les

quedaba: la fuga; y en efecto lo adoptaron. Nunca bandada de tímidas palomas se dispersa con mas prontitud al acercarse el milano; ni huye mas ligero el ciervo acosado por los lebreles á la espesura del bosque, como al presentarse D. Gomez por segunda vez en el alcázar se dispersaban y huian los áulicos de su presencia, evitando hasta el tener que saludarle. Era de ver la perplejidad de los que mas torpes ó menos ligeros no pudieron evitar su encuentro de ningun modo: unos para salir del compromiso fingian hallarse sumamente acalorados en la discusion de cualquier punto; otros, no tan discretos, se resolvian á saludar, y nada mas ridículo, nada mas asqueroso, permítasenos la espresion, que la manera con que lo hacian. Temor, vileza, falsedad, todo se veía pintado en su mirar oblícuo, engañosa sonrisa y ademanes encogidos. En otra ocasion se hubiera el Conde reido de ellos,

pero entonces puede decirse que ni los vió. Sus esperanzas destruidas en un solo instante; la felicidad de Castilla comprometida; y la existencia política de la misma Doña Urraca aventurada, confiándose las riendas del gobierno á su rival le ocupaban esclusivamente; y así llegó á presencia de la Reina, sin haber reparado en ninguno de cuantos encontró al paso.

No era posible presentarse á Doña Urraca en ocasion mas oportuna para los intereses del Conde de Candespina: la especie de reclusion en que la Reina pasó las veinte y cuatro horas que hemos dicho, habia dispuesto su espíritu de muy distinto modo que se hallaba el dia anterior. Lara no la habia podido ver de ningun modo: Doña Urraca conocia su debilidad; recibirle y esponerse á que renovára la plática de su amor, era arriesgarse á darle, á su pesar tal vez, esperanzas á cuya realizacion se oponian gravísimas razones.

Quiso pues tomarse tiempo para fortificarse en la resolucion de prohibirle que la requiriese de amores, y cuantas reflexiones hacia con este objeto redundaban en favor de D. Gomez.

El semblante de éste descubrió desde luego á la Reina la agitacion en que se hallaba; y como la causa de ella no podia tampoco ocultársela, se conmovió singularmente. «Entrad, Conde, le dijo, y sen»taos, que vuestra salud no parece mucho »mejor que la mia.— Mi salud, Señora, »es harto buena. ¡Ojalá!... Mas yo no »vengo á molestar á V. A. con quejas de »mi mala suerte, y sí solo á tomar su ve»nia para retirarme de la corte.— ¿Cuán»do?— Hoy.— ¿Por cuánto tiempo?— Lo »ignoro; acaso por siempre, á menos que »V. A. tenga necesidad de mi persona, »que entonces....— Será pues escusado »que os marcheis; vuestra persona me es »siempre útil.— Señora, ¿en las circuns-

»tancias actuales y en Leon, de qué pue-
»de servir el Conde de Candespina? Es
»sobradamente sincéro para ser buen cor-
»tesano, y no faltan á V. A. caballeros
»que en esta materia suplirán muy venta-
»josamente su falta.— Conde D. Gomez,
»con mucho menos de lo que habeis dicho
»bastaría para que la Reina de Castilla de-
»jára libre para marcharse de su corte á
»cualquiera otro caballero de ella; pero á
»vos á quien debo el trono y la vida...—Ol-
»vide V. A. servicios que ya están recom-
»pensados. — ¡Olvidarlos! Jamás.— Pues
»bien, Señora, en premio de ellos no pi-
»do á V. A. mas gracia que su licencia
»para dejar la corte.— ¿Qué es esto, Don
»Gomez? ¿Quién ha sido el que os ha da-
»do causa...?— Nadie, Señora. Mi carác-
»ter solo.... Negocios particulares. En fin,
»Señora, es indispensable aun para la tran-
»quilidad de V. A. misma que yo me re-
»tire de Leon.— Es forzoso decís para mi

»tranquilidad que os retiréis de Leon....
»—Sí Señora: lo es; crea V. A. á mi ce-
»lo, el mayor servicio que actualmente
»puedo hacerla es alejarme de su presen-
»cia.— Si os conociera menos, creería,
»D. Gomez, que dominado de alguna ma-
»nía incomprensible habíais perdido la ra-
»zon; pero vuestra cordura me es notoria.
»—V. A. tiene demasiada bondad en ocu-
»parse tanto de lo que nada vale. Mi au-
»sencia de la corte es asunto de pequeña
»importancia. Dias ha que falto de ella y
»no se me ha echado de menos.— Con-
»de, Conde, á vuestro pesar se os conoce
»que os domina la cólera.— ¡La cólera!
»¿Por qué, Señora? ¿Por qué? Si la cólera
»me dominase medios habria de satisfa-
»cerla; mi brazo puede aun manejar una
»espada, aun soy....— Conde, recordad
»con quien hablais.— ¡Ojalá no lo tuviera
»tan presente! Ved, Señora, uno de los
»motivos por qué deseo separarme de la

»corte: criado en los campos de batalla, »acostumbrado al tratro sin dobleces ni »arterías del simple soldado, el Conde de »Candespina no puede vivir en donde, »perdóneme V. A. que lo diga, la ver»dad es un crímen, la adulacion una cos»tumbre, la hipocresía una virtud necesa»ria. No Señora, yo no puedo, no debo »quedarme. Cuando V. A. vea sus reinos »amenazados por enemigos interiores ó »estraños, entonces mi espada, mi per»sona, mi vida, serán las primeras.... »—No lo dudo, D. Gomez, vuestra leal»tad me es conocida, y en favor de ella »puedo olvidar la dureza de algunas de »vuestras espresiones. Mi amistad....—¡La »amistad de Doña Urraca! ¡Amistad, Se»ñora! yo hubiera querido no estar largo »tiempo en presencia de V. A. La dispo»sicion de mi espíritu es sobradamente vio»lenta para poder contenerme....—Y bien, »decid cuanto querais; pero calmaos.--¿Qué

»es lo que he de decir? lo que V. A. está »cansada de saber; lo que nadie ignora en »Castilla.—No alcanzo.—Sí Señora, V. A. »lo sabe. ¿Por ventura tan pocos años ha»ce que amo á V. A?— Amarme, ¿y os »atreveis?...— ¿Por qué no? ¿Es un delito »amar? Tormento podrá ser para el infe»liz amador; ofensa para el amado jamás. »La barrera está ya rota, ahora V. A. de»be saber el resto: quizá de este modo se »convencerá de que debo alejarme.— No»rabuena: concluid.— No seré largo; no »molestaré á V. A. recordándola las infi»nitas pruebas que tiene de mi amor, aun»que jamás esta palabra haya salido de mi »boca hasta hoy: no hablaré tampoco de »que la nobleza y el clero de Castilla me »honraron proponiéndome....— Lo sé: »continuad.— Sí Señora; todo esto nada »importa; la voluntad de V. A. es la sola »que puede decidir en esta materia, y ya »ha decidido.— Os engañais.— Pluguiera

»á Dios.— Os lo aseguro.— Señora, ¿por
»qué se complace V. A. en atormentarme?
»—Lejos de eso, deseo tranquilizaros.
»—¡Imposible! ¡imposible! Tranquilidad
»para mí, solo en la tumba. Cuatro años
»trabajando, suspirando sin cesar solo pa-
»ra conseguir un objeto, y en el momen-
»to en que mas me lisonjeaba la esperan-
»za, cuando tal vez hubiera podido lograr-
»lo, otro hombre se presenta.— ¿Quién?
»—El Conde de Lara.— ¿Qué decís?— La
»verdad.— Quién os lo ha dicho.— Mis
»ojos; Castilla entera.— Os han engaña-
»do, Conde Don Gomez. ¿Queréis mas?
»Doña Urraca desciende á daros satisfac-
»ciones: ved si aprecia vuestros servicios.
»—Si pudiera persuadirme....— Persua-
»díos pues....— V. A. tiene demasiada
»bondad con un frenético indigno de ella;
»pero es preciso que yo deje á Leon.—¿Por
»qué? ¿No basta lo que he dicho?—No
»Señora, no basta: yo me he aventurado

»á hablar á V. A. de mi amor; esta con-
»fesion exige una respuesta.— ¡Dios mio!
»¿quién si os oyera diría que es un vasallo
»el que habla con su Reina? Sois singular.
»—Responded, Señora, os ruego....—Ter-
»minémos esta conversacion, Conde: vos
»y yo estamos harto agitados para poder
»continuarla. No os mando como Reina,
»como dama os suplico que os quedeis en
»Leon.— V. A. sabe que soy esclavo de
»su voluntad.— Pues bien, retiraos por
»ahora, y no salgais de mi corte.— ¿Sin
»una palabra? — ¿Bastará que os diga que
»á nadie conozco en Castilla mas digno
»de ser amado que á vos? — Ah, Seño-
»ra, añadid que no seréis de otro....—Nun-
»ca, Conde; idos."

Cuando el Conde se decidió á ir á pedir á Doña Urraca permiso para salir de Leon, llevaba en efecto intencion de limitarse á hacer su súplica, sin entrar en mas esplicaciones, convencido de que ni la Reina

se las pediría, ni dejaría de aprovechar con mucho gusto la ocasion que él mismo presentaba para desembarazarse de su presencia; pero la inopinada resistencia que opuso Doña Urraca á su partida, llegó á encender su ánimo de tal modo, que ya no le fue posible contenerse. Por su parte la Reina apreciando en su merecido valor las buenas calidades y afecto hácia ella, del Conde, no podia consentir en que abandonase la corte como descontento de ella, un hombre conocido en España entera por los servicios que la habia prestado, y las virtudes que le adornaban. Hallaba, es cierto, mas gracias en D. Pedro de Lara; pero el mérito evidente de D. Gomez la obligaba, por decirlo así, á profesarle cierto afecto mas ardiente que la amistad, aunque no pudiera llamarse amor. Así fue como sin que ni el uno ni el otro hubiesen formado proyectos anteriores se esplicaron completamente en la conver-

sacion que acabamos de referir, la cual se terminó retirándose el Conde de Candespina á su casa tan gozoso como triste habia salido de ella, y quedándose la Reina satisfecha de haber en cierto modo pagado la deuda que con él tenia. Parece indudable que en aquel momento triunfó en su corazon Don Gomez; pues apenas hubo salido de su cámara, cuando llamó á Doña Leonor para decirla que no queria se difiriese mas tiempo su boda, y que pues habia llegado el Conde de Candespina que debia ser padrino, «quiero, di»jo, probar á mis leales servidores que »me intereso en su dicha, y nada será »mas agradable al Conde, que ver feliz »á su amigo en brazos de mi bella ca»marera, á quien sospecho que no le »pesará tampoco de ello, por mas que »ahora se sonroje.— V. A. es la bondad »misma; mas puede ser que alguna otra »boda causára mas placer al Conde que

»la de Hernando: la suya por ejemplo....
»— Ola, quieres vengarte haciendo que
»tambien.... Tú me las pagarás." Y esto
lo decia acariciando la megilla de su confidenta, que no podia volver de su admiracion, viéndose tratar con tanto cariño al cabo de meses que apenas se hacia mencion de ella para nada.

CAPITULO VII.

El lector recordará sin duda que cuando el Conde de Candespina se retiró de la presencia de Doña Urraca, la primera vez que la vió desde su regreso á Leon, iba tan apesadumbrado por el modo con que fue recibido, que se encerró en su cuarto, dando órden á sus criados que á nadie dejasen entrar en él, incluso su íntimo amigo Hernando. Sucedió pues que ansioso este caballero de saber como Doña Urraca se habia comportado con el Conde, fue á su casa, en la cual se halló estremadamente sorprendido, viendo que por primera vez se le negaba la entrada, que estaba acostumbrado á encontrar franca. Desde luego conoció que debia haber sucedido alguna cosa que hubiera disgustado al Conde notablemente para obligarle

á estarse en estricta reclusion; y persuadido de que así que se calmára algun tanto, le recibiría y comunicaría sus penas, se retiró con propósito de volver al siguiente dia, y así lo hizo en efecto; pero fue precisamente cuando ya el Conde habia salido para el alcázar, dando antes la órden para que todo estuviera dispuesto de modo que pudiese salir antes de dos horas de Leon. Apenas Hernando supo tal determinacion, mandó que se le dispusiera tambien un caballo para él, pues de ninguna manera dejaría partir solo á su amigo, aunque se arriesgase enojar á Doña Leonor; y en seguida se fue tambien al alcázar á buscar al Conde, quien se hallaba en la cámara de la Reina cuando el de Olea llegó. Decidido á esperarle, púsose á pasear por los salones, no haciendo caso de cuantos se hallaban en ellos, y sin que tampoco se le acercase ningun cortesano. Hernando era para ellos una fiera,

en cuyas inmediaciones no se creían seguros: sofismas y razones especiosas nada valian con un hombre cuyo único argumento era la lanza, y para quien no habia respetos humanos capaces de moderarle, como no fuese de parte del Conde su amigo, ó de Doña Leonor; por consiguiente los cortesanos le temian demasiado para que buscasen su compañía, y él los despreciaba tan altamente que no se curaba de su amistad mas que de su odio. Paseábase pues solo como hemos dicho, y en la mayor agitacion, haciendo de cuando en cuando algun gesto amenazador, y murmurando entre dientes tal cual imprecacion, que eran evidentes señales de que la cólera le dominaba, precisamente en ocasion en que el Conde de Lara se presentó en el alcázar para ver á la Reina. Aunque S. A. no habia querido recibirle en todo el dia anterior, calculaba acertadamente Don Pedro que era por efecto de su declaracion

amorosa, que estando demasiado reciente haria que la Reina no pudiera verle sin turbarse; pero ya pasadas veinte y cuatro horas pensaba que habria tenido tiempo para serenarse, y que en consecuencia le recibiría. Se engañó sin embargo en sus conjeturas: en vano insistió en que se le anunciase á la Reina que se hallaba allí: se le contestó que S. A. se hallaba conferenciando con el Conde de Candespina, y que habia absolutamente prohibido que nadie entrase. «Eso no puede entenderse »conmigo, dijo orgullosamente. — Vuese»ñoría se engaña, le contestaron: está es»presamente dicho que no entre el Conde »de Lara. — ¿Cómo? ¿será posible?— Sí »Señor. — Ya tenemos aquí al incompara»ble Conde de Candespina, ¿para que »quiere S. A. mas servidores? —Para na»da los necesita, esclamó Hernando per»dida ya la paciencia, para nada. — So»segaos, noble Hernando, sosegaos: nadie

»trata de injuriar á vuestro amigo. — ¡In-
»juriarle? ¡cuerpo de Cristo! Mientras
»Hernando conserve el uso de sus brazos,
»¿quién osará en su presencia injuriar al
»Conde de Candespina? Nadie; y menos
»que nadie cortesanos, cuyas únicas armas
»son la lisonja y la calumnia." Mudó de
color Lara, y los que le rodeaban asom-
brados de semejante lenguaje quedaron
como petrificados. — «Sois violento en es-
»tremo, Hernando. — Sincero, franco es
»lo que soy. — Norabuena; pero os esce-
»deis en vuestras palabras. — Cuanto dice
»mi lengua lo sostiene mi espada; y no
»todos hacen la mismo.... — Aquí nadie
»ha dicho cosa que pueda ofenderos.
»—El que la hubiera dicho ya estaria ar-
»repentido. — Mucho presumís. — Pron-
»to estoy á darle pruebas al que tenga du-
»das.—Nadie las tiene; pero no debe sor-
»prenderos que el Conde de Lara estrañe
»que se le niegue la entrada adonde se

»concede al de Candespina. —¿Y por qué »ha de estrañarlo? ¿Pueden los servicios »del Conde de Lara compararse con los de »D. Gomez? ¿Cuando el Conde de Can»despina, solo por decirlo así, fue á sacar »del corazon de un reino enemigo á Doña »Urraca, se le ocurrió al Conde de Lara »disputarle la preferencia? —Si la oca»sion se hubiera presentado.... — En So»ria se presentó á todos igualmente. ¿Quién »arriesgó su vida, D. Gomez, ó D. Pedro?" Iba el Conde á contestar, pero felizmente acaso para él, salió el de Candespina de la cámara de la Reina con un semblante tan gozoso que llamó la atencion de todos. Apenas le vió Hernando volvió la espalda al de Lara, y dirigiéndose á él «loado »sea Dios, le dijo, que os encuentro; de»cidme....— Venid conmigo y os diré cuan»to querais. Caballeros, guardeos el cielo." Y diciendo así ambos amigos salieron del alcázar dejando absortos al Conde de La-

ra y demas personas que allí se hallaban. Sin embargo de todo, no quiso el Conde de Lara abandonar el campo sin hacer la última tentativa para conseguir su objeto; y así que Hernando y el Conde se marcharon, hizo tanto, que logró finalmente que se entrára recado á la Reina de que deseaba hablarla, no dudando de que Doña Urraca le recibiría inmediatamente; pero mas le hubiera valido no empeñarse tanto, pues marchándose desde luego habria evitado el desaire que sufrió cuando públicamente le dijeron que S. A. no queria de ningun modo recibir á nadie mas. Cual fue la turbacion del orgulloso D. Pedro viéndose desairar á la faz de todos los cortesanos, fácil es de pensar. Supo contenerse en público y afectar un semblante sereno; pero sus entrañas se abrasaban, y juraba interiormente arriesgarlo todo para vengarse de su rival. Dominado de tales sentimientos llegó á su casa, y lla-

mó á Lope, criado de toda su confianza, para encargarle una comision de la cual pendia el éxito de todos sus proyectos. La oposicion de Doña Urraca á recibirle le hacia conocer que la Reina temia tratarle demasiado bien; y por lo mismo una conversacion secreta con ella era el objeto de todos sus deseos. Convencido de que por los medios ordinarios no lo lograría, al menos tan pronto como lo exigian las circunstancias, se decidió á dar un paso algo violento; pero que podia tener escusa dándole cierto aspecto novelesco muy del gusto de la Reina. Todas estas reflexiones fueron obra de un instante, y ya estaban hechas cuando Lope se presentó á su amo con un aire que queria ser humilde, pero que no pasaba de hipócrita.

«Lope, le dijo el Conde, te tengo man»dado que trabes amistad con los criados »inferiores del alcázar. — Sí Señor. — Y »que averigües cuidadosamente todas las

»interioridades.— Sí Señor. —Y bien, ¿se »han cumplido mis órdenes?—Sí Señor. »—¿Y sabrás responderme alguna cosa mas »que sí Señor, salvaje?—Sí Señor, lo que »Vueseñoría me mande. —Veamos, pues, »si conocerás al jardinero.—Sí Señor, un »buen mozo muy bebedor.— Eso no es »del caso. —Vueseñoría me perdonará »que le diga que sí lo es, porque ambas »calidades, la de buen mozo y la de be»bedor, son las que me han hecho buscar »con preferencia su amistad.— Pues á tí, »bribon, ¿qué diablos te importa su figu»ra? — A mí, la verdad sea dicha, nada; »pero á una doncella de Doña Camila..... »— ¿La dama de honor?—Sí Señor, pues »á esa, como iba diciendo, le ha parecido »bien la figura de Cosme, y como Doña »Camila es dama de S. A., ya ve Vuese»ñoría....— Lo que yo veo es que no has »perdido el tiempo en la corte. Mas déja»te de digresiones, y dime si es hombre

»el jardinero con quien se puede contar....
» — Para cuanto se quiera: con solo su-
»ministrarle algunos cuartillos.... — Aun-
»que sean azumbres: toma esta bolsa; gas-
»ta sin temor, y cuenta con buena recom-
»sa, si antes de la noche logras introducir-
»me secretamente en el jardin del alcázar.
»—¡Antes de la noche, Señor?—Sin reme-
»dio; marcha y ten presente lo que voy
»á decirte: el Conde de Lara recompen-
»sa con oro á sus servidores; pero tiene
»un puñal para los indiscretos. — Crea
»Vueseñoría que yo.... — Basta; marcha á
»ejecutar mis órdenes."

La Reina tenia costumbre de bajar ordinariamente sola, ó cuando mas acompañada de una de sus damas, á pasearse por los jardines del alcázar al ponerse el Sol; y el Conde de Lara que en la época de su privanza habia tenido alguna vez que otra el alto honor de ser esceptuado de la regla que escluía á todo hombre de

aquel paseo, sabia por consiguiente que en ningun momento se presentaría ocasion mas oportuna para hablar á Doña Urraca. La dificultad consistía solo en penetrar en aquel recinto sagrado: mas como el oro todo lo puede, el jardinero Cosme, merced á una dósis mas que regular de un vino añejo, tan delicioso para él como el nectar de los Dioses, y á unos cuantos maravedises, puso en manos del astuto Lope una llave de la puerta falsa del jardin del alcázar. Lleno de aquel júbilo infernal que siente todo malvado cuando acaba de hacer una buena picardía, corrió Lope á llevar á su digno amo la llave del jardin que aquel recibió con el contento fácil de imaginar. Recompensó ámpliamente como lo habia prometido el celo de Lope, y encargándole de nuevo el secreto, partió disfrazado con ropas humildes á situarse en paraje del jardin oportuno para sus miras. Escogió para ocultarse un cenador cubier-

to de verde y tupida yedra, y en él esperó, no sin alguna inquietud, la llegada de la Reina, cuyo paso lento y mesurado no tardó en herir sus oidos. Doña Urraca venia sola, pues en ninguna ocasion mas que en aquella tenia motivos de entregarse á las mas sérias reflexiones. Los Condes de Lara y Candespina la ocupaban enteramente: no sabia por cuál decidirse; pues aunque es cierto que entonces aun á su mismo entender se inclinaba la balanza en favor de D. Gomez; sin embargo, la imágen seductora de D. Pedro la perseguia sin cesar. Tal era la perplejidad en que se hallaba, cuando llamó su atencion el ruido de las hojas movidas por Lara, que saliendo de su escondite se presentó de repente á sus ojos; y antes de que hubiera tenido tiempo de pronunciar una sola palabra, ya el cortesano arrodillado á sus pies besaba humildemente la falda de su vestido. «Suspenda V. A. su enojo, dijo,

»interrumpiéndose con profundos sollo-
»zos: soy culpable, es verdad; pero la
»causa de mi delito es V. A. misma....
»—¡Cómo! ¿Conde de Lara, habeis osa-
»do?...—Arriesgarlo todo para ver á V. A.
»¿qué otro medio me quedaba? Arrastra-
»do por el ímpetu de una pasion irresis-
»tible yo mismo pronuncié mi sentencia
»declarando mi amor. V. A. me ha casti-
»gado privándome de su presencia. Yo
»vengo á pedir la muerte mil veces pre-
»ferible al tormento de no ver á Doña
»Urraca.—¿Y no podíais haber espera-
»do?...—Sí Señora, si el amor fuera capaz
»de esperar; pero me ha sido imposible."
El resto de la conversacion que siguió sobre ser demasiado prolija, es ademas de tal naturaleza, que nos parece escusado abusar de la paciencia de nuestros lectores referírsela menudamente. El hecho es que fue larga; que en ella desplegó Lara todo su arte, no de amar sino de seducir; y que Doña

Urraca le dejó ver demasiado la inclinacion que le tenia. Sin embargo, le declaró positivamente que estaba resuelta á no partir el Trono con nadie, y en efecto así era la verdad; pues escarmentada con el pasado matrimonio con el Rey de Aragon, juró que aunque llegase á dar su mano á un Príncipe ó magnate reservaría para sí sola toda la autoridad en Castilla, y ademas le manifestó que los servicios y popularidad del Conde de Candespina exigían que se le tuviesen las mayores consideraciones. A otro hombre con mas delicadeza, y menos conocimiento de la humana fragilidad, le hubieran desalentado tales preliminares; pero Lara que conocia á la Reina, esperaba, quizá no sin fundamento, que cediendo por entonces á todo, el tiempo y su maña la harian mudar de propósito. Habiendo pues logrado á fuerza de ruegos y estremos que Doña Urraca prometiera recibirle al siguiente dia en el mismo

parage, aunque en presencia de una dama, de quien por ser parienta de Lara creyó poder fiarse, se retiró muy entrada la noche á su palacio.

*

CAPITULO VIII.

Amaneció el dia siguiente al de los sucesos que acabamos de referir, y el sol no madrugó mas que la mayor parte de los actores de nuestra historia; pues cada uno de ellos se hallaba demasiado agitado para poder entregarse largo tiempo al reposo. En efecto, Doña Urraca acababa de comprometerse, por decirlo así, con los dos Condes, y buscaba inútilmente algun medio para quedar airosa con ambos. Candespina se veía á punto de recobrar su ascendiente, y á su entender de conseguir todos sus deseos. Lara, aunque en realidad habia perdido momentáneamente como privado, conocia que como amante estaban sus negocios en el mejor estado; y por último, Doña Leonor y Hernando,

que en aquel dia debian unirse con lazo indisoluble, es de presumir que tampoco estarían muy tranquilos. La magnífica catedral de Leon se habia adornado con el mayor aparato para la ceremonia religiosa que se preparaba: los habitantes de la capital circulaban por las calles vecinas al alcázar, esperando con ansia el momento en que la desposada saliese de él acompañada de la Reina; los cortesanos, vestidos con un fausto escesivo, llenaban ya los régios salones, y la nueva privanza del Conde de Candespina era el objeto en que todos se ocupaban. Solo el Conde de Lara no se presentó en el alcázar, y esta falta produjo una sensacion visible: sus parientes y amigos parecia que asistian forzados á aquella ceremonia, y demostraban en el arrugado ceño y ademanes desdeñosos el descontento que padecian: los demas conformando su conducta á las circunstancias, volvian á elogiar á D. Gomez, y á soltar

de cuando en cuando tal cual epígrama contra Lara: en una palabra, un dia bastó para que todo mudase de aspecto. Las diez de la mañana serían cuando salió del alcázar la Real comitiva para la catedral. La novia con un suntuoso vestido, regalo de su Soberana, marchaba al lado de ésta, tan ruborosa, tan bella, que acaso no hubo un hombre, entre la multitud que la rodeaba, que no envidiase la dicha del venturoso Hernando, quien á la puerta del templo la esperaba en compañía del Conde su amigo, y un sinnúmero de parientes y parciales, con un ansia fácil de concebir. No se dijeron una palabra los dos futuros esposos; pero una mirada fue para cada uno de ellos mas espresiva que lo hubiera sido un discurso por elocuente que fuese. La comitiva entró en la iglesia: sus bóvedas resonaron con los himnos sagrados, y á poco ya Leonor y Hernando habian jurado al Supremo Hacedor amor

y constancia eterna. Celebróse en seguida el Santo misterio de nuestra redencion, y los esposos salieron de la catedral con la misma comitiva que á ella habian llevado. La ceremonia religiosa que acaba de terminarse, parecia haber dado á todos los ánimos cierta serenidad que anunciaban los placenteros rostros de damas y caballeros, únicamente ocupados en los festejos que para mas solemnizar la boda de su camarera y amigo habian dispuesto la Reina y el Conde de Candespina; pero cuando ya la comitiva entera acabando de salir del templo, se ordenaba para regresar á el alcázar, llamó la atencion general el confuso rumor del pueblo que abria paso á una persona que apresuradamente venia al encuentro de la Reina. Era este un moro, vestido segun la costumbre de su pais, con estraordinaria magnificencia y montado en un caballo andaluz, admirable por su belleza y gallardía. Coronaba el tur-

bante del infiel una pieza de finísimo y brillante acero, terminada en figura cónica: cubria su pecho una coraza no menos lucida, en la cual llevaba engastadas razonable número de piedras preciosas; y el puño de la cimitarra, pendiente del costado derecho, así como el de la gumia ó daga que llevaba en la cintura, correspondian á la riqueza del resto de su equipo. Seguíale á pie un esclavo negro como el ébano, cargado con la lanza y adarga de su Señor. La persona del moro era la de un hombre de mediana estatura bien configurado; pero cuyos miembros no habian aun adquirido toda la robustez que eran capaces: su rostro moreno claro, sus ojos vivísimos, la delicadeza de sus facciones, y sobre todo el bozo apenas naciente que en él se reparaba, descubrian que su edad no podia pasar de diez y ocho á veinte años. Como Castilla se hallaba en paz con los mahometanos es-

pañoles, la venida de uno de estos á Leon nada tenia de particular, pues aunque moros y cristianos eran enemigos por religion y política, acostumbraban sin embargo á visitarse recíprocamente por curiosidad ú otras causas cuando las circunstancias se lo permitian. En el reinado del padre de Doña Urraca especialmente se hicieron mas comunes las relaciones entre ambos paises, tanto porque D. Alfonso debió proteccion y amparo á los musulmanes, en la persecucion que sufrió de parte de su hermano D. Sancho, como porque posteriormente casó con Zaida, Princesa mora sevillana. Por esto pues aunque la presencia del moro que hemos tratado de describir, escitó como es natural la curiosidad de los leoneses, no les pareció de ningun modo alarmante su repentina aparicion.

La Reina misma se volvió hácia el lado de donde venia el rumor, y se paró á ad-

mirar la elegancia de la figura y riqueza del vestido del infiel, que habiendo preguntado quién era la Reina, y sabídolo por uno de los circunstantes, saltó con la mayor ligereza de su caballo á tierra, y con sereno y modesto continente se encaminó derecho á ella. Llegado á sus inmediaciones hizo tres reverencias seguidas cruzando los brazos sobre el pecho, é inclinando el cuerpo hasta tocar casi en el suelo con la cabeza; y en seguida, postrándose á los pies de Doña Urraca, esperó humildemente á que ésta le dirigiese la palabra, en lo que se tardó algun tanto; pues tan inesperada accion sorprendió á la Reina de Castilla. En fin, despues que se hubo recobrado, le dijo haciéndose un tanto atrás: «álzate, »moro, y dí que quieres.— Reina de Cas»tilla, Sultana de la belleza, flor de los Na»zarenos, contestó el infiel levantándose: »el libro de la verdad dice, que la luz del »sol brilla para todos.— Verdad es; pero

»sed breve ó dejad vuestra súplica para »momento mas oportuno.— Alí, hijo de »Hamet, solo viene á pedir á tu justicia »un campo en que lidiar.— Moro, si de »alguno de mis vasallos tienes queja, yo te »haré justicia.— La afrenta que el noble »recibe, solo con la sangre del que se la »hizo puede lavarse: y está escrito que Ha»met derramará la del traidor que le ultra»jó, con la ayuda de Alá y del Santo Pro»feta. — Bien: nómbrame al menos tu »ofensor.— Que la maldicion del Profeta »caiga sobre su detestable cabeza. Sultana »de Castilla, en tu presencia y á la faz de »tu pueblo acuso de traidor y desleal, in»digno del nombre de caballero, al mal»vado que los hijos del Nazareno llamais »Conde de Lara.— ¡Qué dices, infiel?" esclamó la Reina, mas no pudo continuar, pues las últimas palabras de Alí, pronunciadas en voz elevada, hiriendo los oidos del pueblo, produjeron en la multitud un efec-

to estraordinario. Lo mismo que la cristalina superficie del Océano si de repente sopla un recio uracan, se rompe y divide en enormes montañas de agua que chocándose entre sí causan un pavoroso estruendo, del mismo modo las injurias del moro contra el Conde de Lara produjeron en el pueblo leonés, ó al menos en gran parte de él la mayor agitacion. Desde luego las personas prudentes y tímidas se retiraron de la concurrencia; pero la muchedumbre siempre curiosa, siempre amiga de novedades y pronta á irritarse cuando crée ser la mas fuerte, prorumpió en descompasadas voces contra el infiel, que osaba, decian, venir á insultar á los cristianos en sus propios hogares. Alí volvió el rostro sosegadamente al pueblo; contempló su agitacion con la misma serenidad que si no se tratára de su persona, y pareció dispuesto á esperar la resolucion de Doña Urraca, que llena de es-

panto no acértaba á proferir una palabra. Los caballeros que rodeaban á la Reina, y en particular el Conde de Candespina, se disponian á hablar á la plebe para tratar de calmarla; mas hubieron de renunciar á su proyecto, viendo que los amigos y parciales del Conde de Lara, movidos de un espíritu frenético de venganza, empezaron á gritar: «muera el perro infie »que se atreve á insultar á los ricos hom»bres de Castilla." Y al punto brillaron desnudas mas de veinte espadas contra el inalterable Alí, que sin perder nada de su serenidad, desnudó la cimitarra, tomó en un instante el escudo de manos del negro, y se puso en ademan de hacer frente á sus contrarios. «¡Asesinos! ¡cobardes!" gritó Hernando de Olea desnudando su acero y poniéndose al lado del moro; «con»migo las habrá el que se atreva á tocarle." El Conde de Candespina tambien tiró su espada en defensa del agareno, y como

es de presumir todos los de su bando hicieron otro tanto. Quien únicamente conservó su sangre fria fue D. Diego Lopez, que formando un escuadron cerrado con la guarda de la Reina, sacó á esta Señora y á sus damas del tumulto, y las condujo á Palacio. Entre tanto se aumentaba el número de los contrarios y defensores de Alí: ambos partidos se llenaban de injurias, y hubieran llegado á las manos sin la circunstancia de estar el de Lara sin gefe, y ser el Conde de Candespina quien capitaneaba el contrario. Alí no encontraba espresiones con que agradecer á los parciales del Conde el interés que tomaban por él; y les suplicaba que le abandonáran á su suerte, antes que derramar por él la sangre de sus hermanos. Pero Hernando juraba que haria pedazos al primero que osase acercarse, y los demas caballeros deseaban aprovechar aquella ocasion de saciar sus antiguos rencores. A pesar de la

prudencia y esfuerzos de D. Gomez, tal vez hubiera sido imposible evitar un combate sangriento, si la casualidad de haber pasado esta escena en las inmediaciones de la catedral, no hubiera hecho que los canónigos, testigos de aquel desórden, se apresuráran á revestirse y salir de la iglesia, llevando en procesion una imágen de nuestro Redentor, muy venerada en la ciudad. Esto, y las persuasiones de los canónigos, disiparon por entonces al pueblo y partidarios de Lara; y Alí pudo, escoltado por sus defensores, ir á la posada del Conde de Candespina, adonde le llevaron para mayor seguridad. Hernando encontró allí á su bella esposa entregada á la mas cruel inquietud; pero con el gozo de verle sano y salvo no se acordó siquiera de reprenderle, por lo que ella llamaba su temeridad. Advertimos á nuestros lectores que el Conde habia suplicado á Hernando que ocupase con su esposa una

habitacion de su propia casa; y dejarémos para el capítulo siguiente referirles lo que en ella pasó con el valeroso Alí, hijo de Hamet.

CAPITULO IX.

El suceso de Alí habia puesto en fermentacion todos los espiritus en la corte de Castilla: los dos partidos de Candespinà y Lara, que hasta aquel punto habian conservado al menos las apariencias de la urbanidad por respetos á la Reina, rota una vez la barrera no querian volver á entrar en sus respectivos limites: y cierto genero de hombres turbulentos por naturaleza é interes que no faltaban en ambas facciones, como nunca han faltado en semejantes casos, hablaban de cometer al juicio de Dios, esto es, á la suerte de las armas la decision de sus contiendas. En un instante desaparecieron todos los preparativos hechos para festejar el casamiento de Doña Leonor

y Hernando. Cada caballero corria á su casa á armarse y á armar á sus criados; los ciudadanos se retiraban tambien á sus hogares, mas era á encerrarse en ellos para ponerse á cubierto de lós horrores que preveían; y por último, en el mismo alcázar se tomaban medidas las mas vigorosas para prevenir todo accidente. D. Diego Lopez, que mandaba la guarda de la Reina, aseguró á esta Señora que nada tenia que temer por su persona aun cuando el furor general llegase á tal punto, que hubiera quien pensase en atacarla; y como Doña Urraca conocia la lealtad y valor del Señor de Nájara, se tranquilizó lo bastante para pensar en interponer por fin su autoridad en aquel negocio, enviando dos mensageros en busca de los Condes de Candespina y Lara; pero lo que nosotros hemos referido en poquísimas líneas fue obra en Leon de mas de una hora. Durante este tiempo el jóven Alí se conciliaba

cada vez mas el afecto de sus protectores. La condicion del moro correspondia en efecto á cuanto de su bien dispuesta persona podia esperarse; afable con estremo, cortés sin ser lisongero, y con un talento claro y bien cultivado: Alí arrastraba tras de sí los ánimos de cuantos le escuchaban. Ya se supondrá que si la discrecion del Conde de Candespina fue bastante para que no hiciera pregunta ninguna á su huésped, sobre el motivo de su odio al Conde de Lara, ni Hernando ni su esposa pudieron contenerse; y á la verdad su curiosidad no carecia de disculpa. «Confieso, le »decia Hernando, que he admirado vues»tra serenidad, viéndoos rodeado de una »multitud de furiosos que clamaban por »vuestra muerte.—La vida de los hombres »depende de la voluntad de Dios, contestó »el moro, y no hay poder bastante en la »tierra para atrasar ni adelantar un mo»mento el instante de su muerte.—Buena

»será esa máxima, replicó Leonor, pero yo »sé decir de mí que estaba muerta de mie- »do.—¿Y cuándo la cándida paloma ha al- »zado tanto el vuelo como el Aguila? con- »testó el moro.—Y no pensábais, volvió »á decir Leonor, nó pensábais en la pena »que vuestra muerte hubiera causado á »vuestra dama, si la teneis....—Hermosa »cristiana, las dulzuras del amor no me »han sido concedidas; pero tengo en cam- »bio una hermana á quien mi muerte hu- »biera dejado sin amparo.—¿Una herma- »na? ¿en Granada?—Mi patria es Se- »villa; pero mi hermana está en Leon. »—¡Válgame el cielo! En Leon teneis »hermana. Hernando, si vos quisiérais... »—Mi esposa, dijo Olea, desea tener á »vuestra hermana en su compañía. Con- »cededla esta gracia.—Cristianos, me col- »mais de favores.—Dejad eso y marchad »á buscarla.—¿Qué decís? interrumpió el »Conde; este caballero no puede salir de

»aquí sin peligro de su vida; que diga dón-
»de está su hermana, y se irá por ella."
Alí señaló la posada en que habia dejado á su hermana guardada por algunos esclavos; y varios criados del Conde guiados por el negro escudero fueron en su busca. Entre tanto no perdonaba medio ninguno la astuta Doña Leonor para saber del moro el orígen de su odio al Conde de Lara: pero éste eludiendo unas preguntas y haciéndose el sordo á otras dejó burlados todos sus ardides, sin que la respuesta mas directa que dió pasase de decir que el hombre de honor no debia publicar sus afrentas hasta que estuviesen vengadas. Desembarazado por fin de aquella especie de exámen fiscal, se ocupó con el Conde de Candespina del asunto que parecia absorver toda su existencia. El Conde le ofreció toda su proteccion, y cuando vino el mensagero de parte de la Reina á buscarle, tomó á su cargo la comision de

suplicarla que le concediese una audiencia. Bien hubiera querido Hernando acompañar á su amigo á el alcázar; mas como la órden de la Reina nombraba únicamente al Conde de Candespina, quiso éste ir absolutamente solo. Ya estaba Lara al lado de Doña Urraca cuando D. Gomez se presentó, y desde luego la Reina se quejó ágriamente á ambos Condes de la escandalosa escena de aquella mañana. Fácil le fue disculparse al de Lara con solo hacer presente que no habiéndose hallado en ella, ninguna responsabilidad podia exigírsele: mas no así el de Candespina que habia tomado en ella una parte sumamente activa. Pero el noble castellano era incapaz de arrepentirse de su generosa accion. «Sí Señora, dijo á la Reina, he sacado el »acero, me he puesto al lado de un hom»bre á quien una multitud furiosa trataba »de sacrificar, si este es un delito, yo me »confieso reo; pero no puedo arrepentir-

»me.... — Y por un infiel, dijo la Reina, »por un infiel íbais á derramar la sangre »de vuestros hermanos. — Un infiel, Se»ñora, es un hombre; y asesinos no pue»den nunca ser mis hermanos. — Conde »D. Gomez, esclamó Lara, ¿asesinos lla»mais á los caballeros de la casa de Lara? »— Aunque sola S. A. tiene derecho á »examinar mi conducta y palabras, con»testó D. Gomez, quiero que me digais, »Conde de Lara, qué nombre darémos á »los que siendo ciento atacan á uno. »— Baste, caballeros, interrumpió la Rei»na, consiento en olvidar lo pasado; pero »es preciso que la paz se restablezca inme»diatamente. — Por mi parte, dijo Lara, »no tengo mas voluntad que la de V. A. »— Y yo, añadió D. Gomez, yo respondo »á V. A. de mis parientes y amigos. — Es»tá bien, señores; retiraos pues, y cum»plid vuestras promesas." Lara se disponia á obedecer á la Reina, pero Candespina

le detuvo para que oyese la suplica que en nombre de Alí iba á hacer á S. A. para que le admitiese á su presencia. Este nuevo incidente desconcertó á D. Pedro, que se creía desembarazado para siempre de la presencia del moro; pero no se atrevió á proferir una sola palabra que diese á entender su descontento. La Reina por su parte manifestó visiblemente su desagrado de que el conde de Candespina tomase cartas en aquel asunto; mas él con su acostumbrada inflexibilidad insistió tanto, y con tales razones demostró que era de rigurosa justicia conceder á Alí la audiencia que pedia, que al cabo la obtuvo para aquella misma noche. Llegó esta en efecto, y Doña Urraca sentada en un magnífico trono, situado en una de las estremidades del mas suntuoso salon del alcázar, rodeada de sus damas y de la mayor parte de la nobleza de Castilla, esperó con un semblante en el cual á su pesar se leía no poco des-

contento el instante de recibir al moro, orígen inocente de las turbulencias de aquel dia, quien no tardó mucho en presentarse acompañado del Conde de Candespina, Hernando de Olea y todos sus parciales. Alí venia completamente armado, pero sin lanza ni escudo, y Hernando tambien iba dispuesto á entrar en lid; los demas caballeros llevaban vestidos de corte. Desde luego las armas de Hernando llamaron la atencion general; pero pronto se dedicó toda al moro, que despues de sus acostumbrados saludos, y de haber recibido de la Reina la órden de esponer brevemente su súplica, lo hizo en esta forma: «Reina de Castilla, mi súplica ya la »sabes: soy noble, estoy agraviado; solo »vengo á pedir un palenque, en el que »con la ayuda de Alá, espero recobrar mi »honra. — ¿Quién te ha ofendido?—El »conde de Lara.—¿Cómo puedo yo ha»berte ofendido, infiel, esclamó Lara, si

»en mi vida te he visto? — Silencio, dijo la »Reina, nadie sea osado á hablar sin mi »permiso. Y tú contesta: ¿es cierto que »nunca has visto al Conde de Lara hasta »hoy? — Nunca. — ¿Cómo pues te ha »ofendido? — ¿Cómo? él lo sabe: mi »nombre le descubrirá el arcano. Conde »de Lara, yo soy Alí, hijo de Hamet." Todos los ojos se fijaron en Lara, á quien este apóstrofe hizo mudar de color; pero sea que no se atreviese á faltar á las órdenes de la Reina, contestando sin que ésta se lo mandase, ó bien que no quisiera ó tuviese que responder, lo cierto es que guardó el mas profundo silencio. Doña Urraca despues de haber considerado atentamente á los dos adversarios, se volvió á Alí y le dijo: «Singular es que seas su ene»migo sin conocerle; pero al menos nos »dirás cuál es la ofensa que te ha hecho. »— Cuando Lara no exista la sabrás, Rei»na. — Moro, recuerda que hablas con la

»Reina de Castilla, y obedece sus manda-
»tos.—Alá me preserve de faltarte al res-
»peto; pero en tanto que mi ofensor viva,
»mis labios no pronunciarán nunca el a-
»gravio que me ha hecho.—Para que yo
»consienta el combate debo saber la causa.
»—Yo reto por traidor y desleal al Con-
»de de Lara en vuestra presencia, damas y
»caballeros. ¿No basta esto en Castilla
»para que un noble salga á la palestra?
»—Y sobra, contestó Candespina: V. A.
»no puede ya oponerse al combate sin
»menoscabo de la honra del Conde de
»Lara mismo.—Callad, esclamó colérica
»la Reina; callad, y sea esta la última vez
»que se falte á mis órdenes. En fin, mo-
»ro, resuelves no comunicarnos de qué a-
»cusas al Conde de Lara.—Él lo sabe,
»repito, y sino es un cobarde, recogerá
»esa prenda;" y al mismo tiempo le arro-
jó un guante, que cayo á los pies de su
enemigo. Éste permaneció inmóvil; pero

la Reina se dirigió á él diciéndole: «vea-»mos si vos, Conde de Lara, nos acla-»ráis este misterio.—Yo, Señora, nada »sé; no conozco á ese infiel, y su nom-»bre hiere hoy mi oido por primera vez. »—Caballeros, ya oís la respuesta del »Conde.—Y yo sostengo, esclamó Alí, »que ha mentido.—Miserable, contestó »furioso Lara, cogiendo el guante, tu vi-»da me me dará satisfaccion." El Conde de Lara no habia manifestado hasta entonces la mayor inclinacion á combatir con el moro; pero ya fuese que no pudo resistir á las injurias que Alí le hacía, ya que conociera que su pusilanimidad iba á perderle para siempre aun en la opinion de sus mismos partidarios, lo cierto es, que al coger el guante parecia animado por el noble resentimiento de un hombre de honor cruelmente ofendido. Tanto los caballeros como las damas presentes manifestaron con una especie de aplauso la sa-

tisfaccion que les causaba el proceder del Conde, y volvieron la vista hácia Alí para ver si conservaba ó no la entereza que hasta aquel punto habia manifestado; pero lejos de verse la mas mínima señal de turbacion en el rostro del jóven musulman, brillaba en sus ojos todo el fuego de la venganza, pronta á satisfacerse. Doña Urraca misma permaneció algun tiempo silenciosa y pensativa, contemplando ora á Alí, ora á Lara, que ambos enfrente de ella esperaban con visible impaciencia su resolucion; hasta que por fin anunció, que pues el Conde de Lara habia recogido la prenda del combate, por no desairarle consentia en que se verificase, y señalaba para que tuviese lugar el octavo dia, á contar desde aquel. Alí dió las mas espresivas gracias por la merced que se le hacia, y se retiró despues de haber dicho que el caballero Hernando de Olea le honraba siendo su Padrino en aquel combate. El

Conde de Lara nombró para que lo fuese suyo á Gutierrez de Cetina, su deudo, que ejercia las funciones de mayordomo de la Reina; y en seguida se dispersó la reunion.

CAPITULO X.

Mientras que en el alcázar de Burgos pasaban los sucesos que han dado materia al capítulo anterior, la esposa de Hernando de Olea desempeñaba los deberes de la hospitalidad con la interesante hermana de Alí, con una dulzura de que solo las mugeres son capaces. Zùlema, que así se llamaba la jóven mora, tendria como unos diez y siete años de edad, reuniendo ademas en su persona todos los dones que puede la naturaleza dispensar á una muger para cautivar los corazones de cuantos la miren; pero no brillaba su rostro con los vivos colores tan propios de sus pocos años, ni la alegría de la juventud animaba dos ojos negros como el ébano; antes por el contrario, su palidez y lánguido mirar descubrian que su corazon sufria el peso de alguna grave desgracia. Todo esto

lo vió desde el primer instante Doña Leonor, y como estaba dotada de sobrado ingenio, se prometió que la sencilla sevillana descubriria sin duda el secreto que su hermano guardaba tan cuidadosamente. En efecto, pasados los primeros cumplimientos, nuestras dos damas, jóvenes ambas, y ambas con un semblante tan afable que las provocaba á una recíproca confianza, parecian sin embargo suspensas, no atreviéndose ni una ni otra á entrar en materia, hasta que Doña Leonor, como de mas edad y esperiencia, tomando una mano de Zulema y estrechándola con la suya, rompió el silencio diciéndola:

«Mal parece en una niña como vos tan»ta tristeza: consolaos, y creed que ya »que no esté en nuestra mano devolveros »lo que tal vez habeis dejado en Sevilla, »harémos cuanto esté de nuestra parte »para solazaros. — ¡Ah Señora! respondió »casí llorando Zulema, ¡cuán bondadosa

»eres! pero no repares, te suplico, en mi »melancolía que no puedo desterrar.... »—¿Cómo, á vuestros años puede haber »penas tan profundas?—¡Ay! la herida »está en el corazon, bellísima cristiana, en »un corazon que jamás habia padecido, y »por eso es mas dolorosa; por lo mismo »será eterna.—¡Pobrecilla criatura! cuán»to diera yo por poder aliviar tus penas. »—¿Aliviarlas? imposible... imposible. Mas »fácil sería que el Guadalquivir dejase de »derramar sus aguas en el mar.—¡Infeliz! »¿y ninguna esperanza os queda?—Nin»guna, como tú dices: ninguna.—Acaso »la muerte....—¡Ojalá! al menos espera»ria ser feliz cuando Azrael cortase el hilo »de mi vida. Mas dejémos, amable Señora, »de ocuparnos en mis penas, no venga yo »á turbar tu felicidad con mis lamentos »tan inútiles como importunos.—No lo »son por cierto para mí. Consolar al triste »es un precepto de la verdadera religion...,

»—¡Ah! esclamó Zulema arrebatada, ¡por »qué ha de haber monstruos que se com»plazcan en atormentar á sus semejantes, »siendo cristianos!—Luego á un cristiano »debeis vuestras penas.—A un cristiano, »sí; á un cristiano en el nombre; á un »pérfido, á un malvado. Tú le conocerás »tal vez: es hermoso; es amable; es se»ductor; pero sus entrañas son mas duras »que las del tigre.—Sosegaos, amor mio; »por Dios sosegaos, y decidme su nom»bre: tal vez podrémos hacer....—Nada, »nada. Un corazon traspasado no puede »curarse. ¿Pero qué podré yo negar á quien »tanto amor me muestra por la primera »vez? Sabrás el nombre del malvado que »me ha hecho desgraciada: sabrás la dolo»rosa historia de la infeliz Zulema."

Si al principiar la conversacion referida, la curiosidad sola movia á la bella Leonor á inquirir el secreto de sus huéspedes; ya viendo el dolor de la triste Zulema, única-

mente la compasion la dominaba; y á la verdad hubiera sido necesario tener un corazon de piedra para resistir á sus lágrimas.

La narracion de su triste historia que vamos á insertar perderá sin duda gran parte del interés que inspiraban, ya el dulce sonido de la voz de Zulema, ya el fuego ó rubor con que referia algunos pasages de ella; pero la crónica no conserva mas que la especie de estracto que sigue, y tal como lo hemos encontrado así lo trasladamos.

Durante el reinado del padre de Doña Urraca, la comunicacion entre moros y cristianos, como se ha dicho anteriormente, fue mas comun que en ningun otro; y esto dió lugar á que visitando Hamet, moro Sevillano, tan opulento como sábio, la corte de Castilla, trabase amistad con D. Gonzalo, Conde de Lara, cuyo hijo era D. Pedro, de quien tanto hemos hablado en nuestra narracion.

*

Entre los diversos y profundos conocimientos que Hamet poseía, no era de los menos importantes el de la medicina; ciencia que en aquellos tiempos puede decirse que era patrimonio esclusivo de los árabes y judíos, que la ejercian aun entre los mismos cristianos; ofreciéndonos la historia ejemplo de algun Monarca que pasó á reino infiel con objeto de curarse de dolencias á que no hallaba remedio en su propio pais. La amistad, pues, del viejo Conde de Lara con Hamet, la ciencia de éste, y la pertinacia de cierta enfermedad que su hijo padeció siendo ya adulto, le movieron á que le enviase á Sevilla á ver si su amigo podia restituirle la salud.

D. Pedro de Lara se presentó en casa de Hamet, como un año antes de los acontecimientos principales de nuestra historia, rico con los dones de la naturaleza, y con cierto aire de interesante languidez que inspiraba una compasion fácil de conver-

tirse en amor en el alma de una jóven, aunque hubiera sido mas esperimentada que la inocente Zulema. El moro recibió al noble castellano con la cortesía y magnificencia con que todos los Orientales ejercen la hospitalidad, y la dulzura y flexible carácter de su huésped, le cautivaron de tal modo, que no tardó en tratarle como á un hijo. A poco de estar Lara en Sevilla murió su padre; y este acontecimiento, obligándole á no presentarse en público, aun las pocas veces que sus males físicos lo permitian antes de él, hizo que se constituyese á vivir enteramente en familia con Hamet y Zulema; pues Alí, hermano de ésta, se hallaba á la sazon en Africa con unos parientes. Zulema era quien preparaba las salutíferas yerbas que su docto padre recetaba á Lara; Zulema se las administraba por su mano, y Zulema era quien contínuamente procuraba distraerle de sus penas. Al paso que la ciencia del padre le res-

tituía la salud, la belleza naciente, el candor, y la amabilidad de la hija inflamaban la sangre del noble castellano, y la fiebre del amor se apoderaba de todos sus sentidos. Zulema debia á la naturaleza el funesto don de la sensibilidad mas esquisita; palpitaba violentamente su corazon oyendo referir cualquier desgracia, y sus ojos se llenaban de lágrimas con la mayor facilidad. ¿Qué estraño será pues que un jóven bizarro, atacado á un tiempo por una enfermedad, y la pérdida del autor de sus dias, inspirára á la tierna Zulema una pasion que ya era invencible cuando ella apenas presumia sentirla? Nada mas natural; pero nada tampoco más funesto para ella. Como quiera que sea se pasaron muchos meses sin que ambos jóvenes se hablasen de amor. Zulema se informaba de las costumbres de los cristianos y de su religion: Lara respondia minuciosamente á todas sus preguntas, y pintaba con tales colores la

dulzura, la luz de la verdadera Fé, que la jóven mora empezó á dudar de sus falsos ritos, y á desear instruirse mas á fondo en los sagrados misterios de nuestra redencion. Aunque D. Pedro fue siempre naturalmente vicioso, sin embargo, en la época de que hablamos, no habiéndose aun desenvuelto en él el gérmen de la ambicion, conservaba gran parte de las sanas máximas que en su esmerada educacion se habia procurado inculcarle, y la idea de convertir á Zulema á la religion santa de la Fé le arrebató. Pero las conferencias sobre este punto no podian tenerse ni delante de Hamet, ni en parage en que entrando cualquiera de los comensales de la casa, pudiera sorprenderles en una conversacion que, una vez descubierta, podia costarle á Lara la cabeza; y por lo mismo escogieron los dos jóvenes el jardin de la casa, delicioso como todos los de la ribera del Betis. Allí á la sombra de los laure-

les y naranjos, y respirando un aire embalsamado con el delicioso aroma de la purpúrea rosa y el nevado jazmin, oía Zulema atentamente las lecciones de Lara: se enternecia escuchando la barbarie de los judíos con el Redentor del mundo, y grababa en su corazon las máximas de dulzura, de tolerancia y de caridad, que son la base de nuestra creencia. Lara, favorecido por la belleza y santidad del asunto, parecia mas elocuente, mas seductor que nunca; y al paso que los ojos de la mora se abrian á la luz de la revelacion, su misionero se apoderaba enteramente de su alma. Mientras que el castellano, dudando de convertir á Zulema, se ocupó esclusivamente en asuntos religiosos, su celo fue loable; sus intenciones puras, su fin santo; pero desde que ya enteramente convencida la hija de Hamet no le fue necesario tanto estudio, la pérdida de la jóven pudo tenerse por inevitable.

«Zulema, la decia, una noche sentados »ambos al pie de un copudo y antiguo lau- »rel: Zulema, si alcanzas la salud eterna »con el bautismo, ¿qué cristiano podrá »creerse mas feliz en la tierra que el que »sea tu esposo?—¿Y quién, Lara, querria »unir su suerte con la mia? contestó llena »de rubor la mora. —¿Quién, Zulema? »Todos. La rosa de abril no te iguala en »belleza; la azucena no es mas cándida que »tú; y ningun sábio te aventaja en discre- »cion. ¿Qué te falta pues para ser amada? »—Amigo mio, tú me adulas.—No, Zu- »lema, no te adulo; pero dime: ¿tu co- »razon no ha palpitado aún por ningun »hombre? — ¡Ah! —¿Suspiras, Zulema? »Tú amas; ¿á quién? —Lara, amigo mio, »yo amar....—Sí, tú amas; y tu misma »turbacion me lo demuestra. Tú amas, Zu- »lema; un mortal venturoso ha sabido cau- »tivar tu corazon, y yo.... ¡infeliz...! —¿Tú »infeliz, Lara? ¿por qué?.... — Cruel, ¿qué

»preguntas? Tú eres la causa de mi tor-
»mento. — ¿Cómo es posible que yo te
»atormente, Lara; yo que por no verte
»padecer un instante daria toda mi exis-
»tencia? — Pero tú amas á otro; y yo te
»adoro, dijo enagenado y atrayéndola á
»sus brazos. — ¿Me adoras? contestó Zu-
»lema casi sin sentido: ¿me adoras? y bien,
»yo te idolatro."

Zulema era esposa de Lara un instante despues. El castellano la prodigaba las mas tiernas caricias, haciéndola mil juramentos, tal vez sinceros entonces, de constancia y fidelidad; pero la víctima infeliz perdió desde aquel dia el reposo, y no volvió á recobrarlo jamás. Habia faltado á su deber, y el remordimiento la atormentaba, persiguiéndola al mismo tiempo los mas fatales presentimientos que demasiado pronto se verificaron.

Lara recobrado enteramente de su dolencia, y satisfecho ya su amor propio con

haber triunfado de la virtud de Zulema, aprovechó la ocasion que le ofrecian los disturbios de su patria para regresar á ella, dejando á su esposa inconsolable á pesar de las protestas que la hizo de volver antes de mucho á pedírsela por muger á su padre, pretestando para no hacerlo entonces lo revuelto de los negocios de Castilla.

La infeliz Zulema quedó en Sevilla tan desconsolada como Ariadna en el desierto: los dias volaban, los meses tambien, y Lara no parecia ni daba noticia de su persona. Su contínuo padecer atacó su salud; y por otra parte sus relaciones con Lara habian sido demasiado íntimas para que dejáran de manifestarse. El anciano Hamet vió el estado de su hija: adivinó parte de lo sucedido, supo el resto de su boca; y el dolor de la pérdida de su amada hija, y de la honra de su familia, le condujeron en pocos dias al sepulcro. Alí, á quien los lectores ya conocen, regresó al seno

de su familia precisamente á tiempo de saber la desgracia de su hermana, y de ver exhalar á su padre el último suspiro. Hamet, que conocia la violencia del carácter de su hijo, y su estremado pundonor, le hizo jurar que no maltrataria á la desgraciada jóven, cuya falta era bien escusable en sus pocos años. Juró Alí, y cumplió su juramento; pero habia prometido respetar á su hermana, mas no dejar impune á su malvado seductor; y así apenas cumplió con los deberes de la piedad filial, tributando á los restos de su padre los últimos honores, partió con Zulema para la corte de Castilla con objeto de hacer en ella lo que ya hemos visto.

CAPITULO XI.

La noche que Lara contaba haber empleado útilmente en la especie de audiencia que Doña Urraca le habia prometido, se pasó la mayor parte en el salon del alcázar con harto sentimiento suyo, no solo porque se le escapaba la ocasion mas favorable de adelantar sus asuntos, hallándose la Reina enojada contra el Conde de Candespina por lo sucedido con Alí; sino porque veía en la venida de este moro un grande obstáculo á todos sus proyectos.

Su nombre, segun Alí dijo, reveló á su enemigo el misterio de su reto; pero Lara viendo que el moro tenia la estravagancia, decia él, de callar el motivo, se guardó muy bien de revelarlo, pues temia con razon que una vez enterada de él la Reina, caería para siempre de su gracia; y por

otra parte la perspectiva del próximo combate con el jóven sarraceno no le era nada lisongera. Acosado pues de diversos y desagradables pensamientos iba ya á entrar en su casa, cuando un criado de Palacio le paró llamándole por su nombre, y le intimó que de órden de S. A. fuese con él inmediatamente. Obedeció el Conde sin replicar, y á poco se halló en el alcázar, en donde fue introducido hasta la cámara de Doña Urraca. Adornada esta Señora todavía como lo estuvo durante la audiencia, estaba sentada en un soberbio sillon apoyando el brazo en una mesa, sobre la cual ardia una lámpara de plata; y sus ojos fijos en la llama indicaban la profunda preocupacion de su espíritu. Entró Lara, y viéndola como absorta, se paró junto á la puerta, y esperó con aire sumiso á que su Soberana le dirigiera la palabra, en lo que se tardó algun tiempo, durante el cual la Reina y el Conde pare-

cian dos estátuas. Por fin Doña Urraca hizo un movimiento como el que vuelve en sí de un profundo letargo: examinó todo el aposento con la vista, y sus ojos encontraron al inmóvil Conde de Lara, que pacientemente esperaba aquel momento. «¡Ah! ¿vos aquí, Conde de Lara? No os »habia visto aun, ¿que queréis?—V. A. me »ha mandado venir.—¿Yo?—Al menos así »se me ha dicho.—Sí; es verdad: creo ha»ber dicho que me alegraría haceros alguna »pregunta; mas no que viniérais precisa»mente ahora.—Si mi presencia es im»portuna, Señora, voy á retirarme.—No; »quedaos. Una vez que ya estais aquí.... »No os vais.—Nada puede mandarme »V. A. que me sea mas lisongero que »el permanecer en su presencia.—Bien, »bien. El Conde de Lara siempre el mis»mo y galante caballero.—Galante, Seño»¿ra, quién no lo será cuando su corazon »está lleno...?—Su corazon... su corazon...

»Los labios están llenos.... pero....—Crea
»V. A. que...—Silencio: pruebas, y no pa-
»labras. Vengamos al asunto. Es preciso
»que yo sepa el orígen de la escena de
»esta mañana, y el desafio de esta noche.
»—Yo mismo lo ignoro.—¡Oh! eso im-
»posible; absolutamente imposible.—¿Por
»qué, Señora? V. A. misma ha oido á
»ese sarraceno confesar que jamás me ha-
»bia visto.—Verdad es; pero su nom-
»bre.... ese nombre de Alí, hijo de Hamet,
»produciendo el efecto de un talisman, y
»que ahora mismo os ha hecho mudar de
»color; ese nombre, Conde de Lara, en-
»cierra algun misterio que la Reina de
»Castilla quiere y debe aclarar.—¿Qué no
»haria el Conde de Lara por complacer á
»su Reina, al objeto esclusivo de sus
»pensamientos? Pero no puede esplicar á
»V. A. las locuras ó las maldades de un ser
»á quien no conoce.—¿Y su nombre? ¿y
»vuestra turbacion?—¡Mi turbacion! Si así

»se llama á la justa ira que los insultos de »ese miserable han producido en mí: ver»dad es que me he turbado. — Conde de »Lara, esplicadme entonces qué puede »mover á un hombre á quien no habeis »ofendido, ni conoceis, á venir á reta»ros en mi corte, y á medir sus armas con »vos.— Confieso, Señora, que semejan»te suceso me sorprende tanto á lo menos »como á V. A.; pero el favor con que la »Reina de Castilla me ha honrado en al»gun tiempo me ha suscitado muchos e»nemigos.... — ¿A un moro qué puede »importarle que yo os favorezca?— Nada, »Señora; pero un moro puede ser instru»mento de agena venganza.— ¿Qué decís, »Conde de Lara?— Señora, que ese aga»reno pudiera muy bien ser un servidor de »los que han envidiado mi fortuna.— ¿Y »en quién sospechais tal vileza?— En na»die: preguntádselo, Señora, á los pro»tectores de Alí; á los que por un moro,

»desconocido al parecer, iban á entregar la »corte de V. A. á los horrores de la guer»ra civil.— Os entiendo; pero la enemis»tad os hace presumir cosas de que el Con»de de Candespina es incapaz. — Yo no »he nombrado al Conde; y repito á V. A. »que en nadie sospecho; pero no habien»do yo ofendido á ese hombre, algun mo»tivo estraño debe haber para que venga »á provocarme tan temerariamente.—Esa »reflexion no tiene réplica; pero repasad »bien vuestra conciencia: ¿no habrá aca»so alguna belleza de por medio?— Sí Se»ñora, la hay: la mayor de todas; una »belleza incomparable.— ¿Su nombre? »—Doña Urraca.— ¿Habeis perdido el »juicio?— No Señora; pero estoy per»suadido de que la belleza de V. A. es el »orígen de todo este lance.— ¿Cómo es »posible?— La envidia se engaña fácil»mente: los que han visto las bondades »de V. A. para conmigo las habrán inter-

»pretado de la manera mas favorable pa-
»ra mí.... y.... y lo demas fácil es de in-
»ferir. — Hay en efecto algo de incom-
»prensible en todo este negocio.... Her-
»nando, padrino del moro.... El Con-
»de protegiéndole.... Infelices de ellos si
»vuestras sospechas son fundadas. — Per-
»mítame V. A., Señora, una súplica.—De-
»cid. — No se ocupe V. A. en este asun-
»to: la suerte de las armas debe decidir-
»lo, y no será mucha presuncion de mi
»parte esperar que triunfe conmigo la jus-
»ticia. — No dudo yo de vuestro valor;
»pero tampoco quiero esponer un vasallo
»leal al dudoso éxito de un combate, para
»el cual, si vuestras sospechas son funda-
»das, se habrán tomado precauciones.
»—No importa, Señora, concédame V. A.
»la gracia de no mezclarse mas en este
»negocio; mis enemigos tomarian armas
»contra mí de la intervencion de V. A.,
»y....— Bien, bien. Dios decidirá, pues

»así lo deseais, sin que yo intervenga para »nada.— V. A. podria hacerme invenci- »ble.— ¿Cómo?— Si al entrar en la lid »pudiera el Conde de Lara lisonjearse de »que el corazon de Doña Urraca....— Mis »damas os oyen, y la noche está muy »adelantada: retiraos.— ¡Sin una esperan- »za?— Nos volverémos á ver.— ¿Cuándo? »—Yo os avisaré, Conde.— Señora, re- »cuerde V. A. que tal vez dentro de ocho »dias....— Basta; antes será.— Al menos »permítame V. A.— Sea. A Dios." El Conde despues de besar la mano á la Reina se retiró.

A pesar de que Lara se lisonjeaba de haber preparado el ánimo de la Reina contra su rival, y alejado al mismo tiempo toda sospecha del verdadero motivo porque el hijo de Hamet le retaba, conocia que esto sin embargo no era bastante. El plazo de ocho dias señalado para el combate habia de espirar, y todas sus intrigas

eran inútiles si un bote de lanza de Alí ponia término á su vida, ó le obligaba para salvarla á unirse con su hermana; y esta consideracion, unida al poco amor que á los combates tenia, le atormentaba sin cesar. Pero Lara no era hombre que se atuviera á lamentar su suerte. Resuelto á llegar al mando supremo, los medios le eran indiferentes. Escrúpulos de conciencia no los conocia; y las virtudes eran en su entender nombres vacíos de sentido. Para mas alentarle en la carrera del crímen le habia deparado la suerte en Lope un hombre capaz de todo lo malo, y que solo en la perversidad se complacía. Nacido de padres tan pobres como de humilde linage, la sed del oro le devoraba; aborrecia á cuantos veía halagados por la fortuna, y su propio amo, en cuyos intereses al parecer tomaba gran parte, no estaba exento de su odio; mas como las contínuas intrigas del Conde le proporciona-

han medios de enriquecerse, y los peligrosos secretos que de él poseía le daban un conocido ascendiente sobre su persona, Lope le servia en efecto con celo.

Figúrese el lector á estos dos malignos personages en el gabinete del Conde pocos instantes despues de la conferencia de éste con la Reina, paseándose apresuradamente el amo, y el criado quieto contemplándole entre humilde y con desprecio, y con una sonrisa sardónica que indicaba que ya comprendia que iba á empleársele en alguna de las acostumbradas comisiones.

«Y bien, Lope, ya sabrás lo ocurrido »esta mañana, dijo el Conde.—Nadie lo »ignora en Leon, Señor Conde.—Sí; la »cosa ha tenido afortunadamente por tes»tigo á todo el pueblo.—Y los partidarios »del Conde de Candespina no se han des»cuidado tampoco en publicarla.— Eso »por supuesto. Pero lo que tú no sabrás

»tal vez, será la escena de esta noche.
»—¿Cuál de las dos?—¿Cómo? ¿Qué es
»eso de cuál de las dos?— Quiero decir
»si de la audiencia pública ó de la secreta.
»— Silencio, señor entremetido: de la
»pública hablo.—De esa, sí Señor.—¡Ola!
»pronto te han informado. — Como ten-
»go muchos amigos en el alcázar....— Sa-
»bes lo que se quiere que sepas, y algo mas,
»¿no es verdad? pero te aconsejo que tra-
»tes de olvidar lo último. — Será como
»Vueseñoría mande.— Bueno: así debe
»ser; ¿y qué piensas de todo esto?— Se-
»ñor, nada: yo no pienso mas que cuan-
»do mi amo me lo manda. — ¡Hipócrita!
»¿Hasta conmigo quieres conservar tu más-
»cara? Déjate de gazmoñerías, y dí tu pa-
»recer.—Una vez que Vueseñoría lo man-
»da....— Al grano, al grano.— Pienso que
»ese moro no es desconocido al Conde
»de Lara.— Muy bien pensado: veamos
»ahora el fundamento de tus acertadas con-

»geturas.— Si no me engaño, Vueseñoría »ha vivido en Sevilla no hace siglos, y se»gun he llegado yo á entender, hubo en »aquella ciudad una cierta mora llamada »Zulema, hija de Hamet, que dice el re»cien venido es tambien su padre, que.... »—Maldito seas, ¿de dónde sabes tú todo »eso?— Yo estaba al servicio del difunto »Conde, y veía con frecuencia las cartas »de Vueseñoría fechas en Sevilla....— Y »poco te bastó para ponerte al corriente. »Pues bien, es cierto: Zulema era bella; yo »jóven; ella crédula...—Vueseñoría astuto. »— Lope, cuidado con la lengua. Zulema »sucumbió; Alí viene á vengarla; si se sa»be esta historia soy perdido.—En efec»to, Doña Urraca no es muger que sufra »rivalidades.— No; y ademas el virtuoso »D. Gomez sacaría gran partido de una »aventura que en sí no es nada.— ¿Qué »ha de ser? ¿Seducir á una mora y des»pues abandonarla, qué significa?—No te

»hagas el escrupuloso.— Lejos de eso soy »de la misma opinion de Vueseñoría: la »cosa nada vale.—Valga ó no valga es pre»ciso que no se sepa.— Sería muy conve»niente.— Indispensable.— Indispensa»ble.— ¿Pero cómo se logra?— Vencien»do y matando Vueseñoría á Alí en el »combate.— Eso pronto está dicho: ¿y »si yo sucumbiera?—¡Imposible! El Con»de de Lara no puede menos de vencer »á un infiel.— Aun cuando eso fuera así, »que ni tú ni yo lo pensamos, ¿en los »ocho dias que faltan no puede ocurrír»sele descubrir lo que hasta aquí ha calla»do, ó confiárselo al salvage de Olea que »se ha declarado su amigo?— Y que ape»nas lo supiera lo referiria en voz clara »é inteligible.— Ya lo sé; ya lo sé; y »eso precisamente es lo que quiero evi»tar.— Adelante Vueseñoría el combate. »—La Reina ha señalado ella misma el »dia, es imposible mudarlo; y ademas....

»ademas..... — No le parece cuerdo al »Señor Conde arriesgar su persona y pro»yectos á un juego tan incierto como el »de las armas; ¿no es verdad?— Quizás; »á ver si tu fecundo ingenio....— Vuese»ñoría me favorece. — Vamos, ya sabes »que sé pagar liberalmente tus servicios: »tú mismo señalarás la recompensa por »éste. — ¿Quién sabe el secreto? — Alí. »—¿Nadie mas?— Es de presumir que no. »—¿Y Vueseñoría quiere que se sepulte »para siempre este secreto?— Sí, hombre; »sí.— Yo no conozco mas que un medio. »—¿Cuál? — Es muy violento. — ¿Pero »es único?— Sí Señor, y seguro.— Pues »dilo.— Que muera Alí — ¡Qué horror! »—Humilde criado de Vueseñoría.— Es»pera.... ¿y no hay otro medio? Escu»cha, Lope, no te vayas. — Veo á Vue»señoría hecho un ermitaño, y me retiro »á rogar á Dios que dé mas fuerza á su »brazo de la que tiene su espíritu...—¡Mal-

»vado! ¿No conoces mas medio que un »asesinato?— Hombre muerto no habla. »—Ni el que está en un calabozo puede »hablar, al menos de modo que se le oiga. »— Pero puede salir de él, y entonces.... »—Entonces prefiero correr ese riesgo, á »cargar mi conciencia con un crímen hor»rible.— ¡La conciencia del Señor Con»de!—Lope, basta lo dicho: Alí debe des»aparecer de Leon; y yo no quiero que »muera.— Vueseñoría dispondrá lo que »haya de hacerse.—Arrebatarlo y condu»cirlo á uno de mis castillos.—¿Y si se re»siste?— Si se resiste.... entonces.... se »obra segun las circunstancias.— Ya en»tiendo: lo que el Señor Conde quiere es »que toda la odiosidad pese sobre mí. No »importa; yo sabré servir á mi amo.—Mar»cha, y lo que haya de hacerse cuanto an»tes.— Será."

Con tan saludables designios se separaron aquellos monstruos; pero Lara no po-

dia ahogar enteramente el grito de su conciencia. En vano procuró calmar su agitacion con el sueño; el poco tiempo que durmió creía ver á sus nobles abuelos alzar del sepulcro las frentes venerables, y que ardiendo en ira le reprendian por el nefando crímen que intentaba. ¡*Asesino*! ¡*Asesino*! era el grito que resonaba en sus oidos; y así pasó una de las noches mas crueles de su vida. Sin embargo, el nuevo dia reanimó sus fuerzas, y como ya la propension al mal era en él invencible, no desistió de su infame proyecto, dejando á Lope continuar en sus infernales maquinaciones.

CAPITULO XII.

La tranquilidad se habia ya restablecido enteramente en Leon dos dias despues de la llegada de Alí; y el moro, como si al cabo de un corto plazo no le esperára un cruelísimo combate, se ocupaba alegremente en examinar las curiosidades del pueblo en compañía de alguno de los parciales de Candespina; pues ni el Conde ocupado en negocios de la mayor entidad, ni Hernando, que como buen novio no desamparaba el lado de su esposa, tenian espacio para ello. Las mañanas las dedicaba Alí á la ciudad; mas por las tardes salia solo y á caballo á recorrer los alrededores de la capital, en los cuales echaba muy de menos la fertilidad y hermosura de las márgenes del Guadalquivir.

Una tarde que ya puesto el sol se reti-

raba segun costumbre de su paseo para regresar á Leon, se vió de improviso atacado por cuatro hombres montados como él, pero cubiertos de hierro de los pies á la cabeza; y á pesar de su inferioridad, lejos de pensar en huir echó mano á su cimitarra y acometió denodadamente á los asesinos, siendo tal la furia con que descargó los primeros golpes, que sin valerle á uno de ellos el temple de su casco, cayó redondo á los pies del sevillano. Aun le quedaban sin embargo tres adversarios que no perdian estocada; pues no llevando Alí escudo ni coraza no tenia con que defenderse. Duró aquella lucha tan desigual algunos minutos, gracias á la estremada destreza y valor del agareno; pero al fin acribillado, como suele decirse, de heridas, cayó sin sentido del caballo. No estaban sus enemigos muy bien parados; pues uno habia muerto y otro se hallaba herido; pero satisfechos con haber conse-

guido su malvado designio, se retiraron llevando el cadáver de su compañero, sin duda para ocultarle en paraje en donde nunca se supiera de él.

Zulema vivia con Leonor. La hermosa mora habia encontrado una verdadera amiga en la esposa de Hernando; y Doña Leonor por su parte cada dia amaba y compadecia mas á aquella inocente víctima de la maldad de Lara. Hasta entonces se habia visto Zulema precisada no solo á no hablar de sus penas, sino hasta á ocultarlas; pues aunque su hermano Alí la amaba tiernamente, sin embargo, recordarle de cualquier modo que fuese la desgracia y deshonra de su familia, era medio seguro de enojarle; y nada temia mas Zulema que apesadumbrar al único protector que en el mundo tenia; pero Leonor sensible, discreta y afable, era una confidenta de un valor inestimable. Como muger tomaba mas interés por una persona de su sexo

tan vilmente tratada, que ningun hombre hubiera podido tomarlo; como amante comprendia y participaba de los sentimientos de la pobre Zulema; y con su talento logró reanimar las fuerzas de aquel espíritu abatido mas de lo que se hubiera creido posible. La hermana de Alí no estaba alegre, porque esto ya no podia darse en ella; pero la calma de la resignacion empezaba á manifestarse en su frente, cuando el hado impío vino á descargar sobre ella el último, el mas cruel de los golpes.

Habia ya pasado y con mucho la hora en que Alí acostumbraba á regresar de su paseo, y Zulema procuró en vano disimular su temor, hasta que conociéndolo la esposa de Olea, «no os inquieteis, le »dijo, pronto estará Alí de vuelta.— Mi »corazon, bella Leonor, no sabe mas que »temer desdichas, contestó la mora.—¡Po»bre niña! yo espero que por esta vez se»rán infundados tus temores.— ¡Ojalá!

»amada amiga, ¡ojalá!— Vamos, sose-
»gaos; la menor circunstancia, la mas in-
»significante basta para que Alí se haya
»detenido....— No lo creas: mi hermano
»no altera fácilmente sus costumbres: es
»niño en los años; viejo en las acciones.
»—Bueno; pero á veces....— Mirad, me
»parece que siento pasos, á ver si es Alí....
»—No es Alí, contestó Hernando, no
»es Alí, Señora mia.—¡Ah! ¿vos sois, Se-
»ñor caballero? le dijo su esposa, ¿y vos
»tambien, Señor Conde? norabuena: me
»alegro; venid á ver si podeis tranquilizar
»á esta pobre niña, ya llena de temor por-
»que aún no ha vuelto su hermano.— ¡Bah,
»bah! Señora, esclamó Hernando, ¿que-
»réis que Alí viva como un ermitaño?
»¿quién sabe si alguna cristiana habrá sa-
»bido amansar su corazon?— Tranquili-
»zaos, amable Zulema, dijo el Conde, si
»Alí tarda saldrémos á buscarle."

Zulema se aquietó en efecto, al menos en la apariencia, y la conversacion rodó

algun tiempo sobre materias indiferentes; pero los ojos de la mora no se separaban de la puerta, y el mismo Candespina no estaba muy tranquilo tampoco, porque habia llegado á conocer á fondo al Conde de Lara. Tanto tiempo pasó, que al cabo la inquietud por Alí fue general. Zulema lloraba; Leonor procuraba consolarla, pero tambien sufria; Hernando votaba; y el Conde mandó ensillar algunos caballos para él, su amigo, y varios criados, que en dos tropas diferentes salieron en busca del moro por dos distintas puertas de la ciudad. Hernando rodó en vano largo tiempo por la campiña; pero D. Gomez tardó poco en encontrar el cuerpo de Alí, inmóvil, cubierto de sangre, y con todas las señales de la muerte. Sería inútil decir la pena que le causó aquel espectáculo, y las sospechas que le hizo concebir porque son fáciles de suponer; y por lo mismo solo dirémos que recogiendo al infeliz moro, marchó con él á su casa, con intencion

de ocultar por algun tiempo tan funesto acontecimiento á la pobre Zulema; pero fue en vano. Apenas sintió la hermana de Alí las pisadas de los caballos en el zaguan, cuando soltándose de los brazos de Doña Leonor se precipitó á la escalera, y salió al encuentro de los que conducian á su hermano. Fue imposible evitar que arrojándose sobre el helado mancebo le abrazase estrechamente. «Alí, hermano mio, »decia, como si pudiera oirla, vuelve en »tí, escucha los lamentos de tu Zulema. Y »luego soltándolo de repente: pero no; »no me escuches: he dado la muerte á mi »padre, soy causa de la tuya. La maldi»cion de Dios me persigue, soy un mons»truo indigno de compasion. Huid de mí; »huid, ¿no veis la sangre de que estoy cu»bierta? Es la de mi padre, es la de mi »hermano: huid de Zulema.... ¡Ah!.. ¡Ha»met!... ¡Asesinos!" Aquí perdió el sentido la desdichada.

Condujéronla sus afligidos huéspedes á

su lecho, y tambien á su hermano se le depositó en otro, en donde observaron con la mayór satisfaccion que aun se descubrian en él señales de no haberse estinguido enteramente la vida. Cuantos socorros fueron posibles se suministraron al mal herido moro, y merced á ellos logró recobrar el sentido; pero los facultativos no se atrevian á responder de su vida.

Alí habia abierto los ojos, mas no profería una palabra. Su vista examinaba el aposento, y al parecer no comprendia cómo era que se hallaba en tal situacion; y ninguno de los circunstantes se atrevió tampoco á romper el silencio.

Pero Hernando vino á poner fin á aquella escena muda. Cansado de sus inútiles pesquisas, habia regresado á su casa impaciente ya por saber del moro: «¿ha pa»recido? preguntó al primer criado que »halló al paso. — Sí Señor, contestó és»te, y....—Pues no lo decia yo, que al ca»bo.... pero nada, las mugeres parece que

»son las mismas entre moros y cristianos.
»—Pero Señor sí...." Hernando, sin escuchar mas, subió apresuradamente las escaleras y se fue derecho al cuarto de su esposa que encontró vacío; otro tanto le sucedió en el estrado y habitacion del Conde, á que en seguida se dirigió; hasta que por fin entrando en la de Alí halló en ella reunida la mayor parte de las gentes de la casa. «¡Qué diablos! dijo al »entrar, creí que no habia nadie en la ca»sa; pero.... ¡El cielo me valga! ¿Qué ha »sucedido? ¿Qué teneis, Alí? Decidme, »Conde, por San Pedro....—Callad, ca»ballero, le interrumpió uno de los ciru»janos, porque.... —¿Y quién sois vos, »pese á mi vida, para mandarme callar?" Y diciendo esto enarboló el puño sobre la cabeza del cirujano, que lo hubiera pasado muy mal, á no haber el Conde de Candespina asido del brazo al impaciente Olea, y esplicádole en breves razones lo sucedido. El enfermo que desde luego

habia fijado la vista en la parte de su aposento, en que pasaba la escena referida, prestó la mayor atencion á las palabras del Conde, y despues de haberlas oido hizo seña con la mano á los dos caballeros para que se acercasen, lo que en efecto hicieron.

Viendo el facultativo que Alí trataba de incorporarse y se disponia á hablar, le dijo que era preciso que se estuviera quieto sino queria esponerse á graves riesgos; mas el moro le contestó: «Cristiano, los »dias del hombre están contados, y tu »ciencia no es bastante á parar el golpe »de la espada de Azrael; déjame pues »morir en paz; y despues dirigiéndose á »D. Gomez: Conde, á tí solo y á tu ami»go tengo que hacer una revelacion im»portante. —Despejad; y á nadie se per»mita la entrada hasta nueva órden," dijo á sus criados Candespina, y en un momento quedó el cuarto vacío.

Alí se incorporó en la cama: sus ojos

algunos minutos hacía lánguidos y abatitidos recobraron al parecer el antiguo fuego, y aun el rostro algun tanto de los colores; el Conde y su amigo le contemplaban atentamente. En la fisonomía de D. Gomez se dejaba ver una espresion melancólica y profunda: miraba al moro con ternura y compasion, y con una especie de desconsuelo indefinible; pero Hernando brotaba centellas por los ojos: su arrugado ceño, el arrebatado color del rostro, y la mano izquierda apoyada en el pomo de la espada, al paso que con la derecha enjugaba el sudor contínuo de su frente, eran indicios de lo violentamente que padecia.

El hijo de Hamet habló por fin de esta manera:

«El tiempo es precioso para mí, caba»lleros: antes de muchas horas habré com»parecido en presencia del Padre de los »verdaderos creyentes; así no seré largo. »Me habeis visto retar á Lara: ignorais

»por qué; y no debo bajar al sepulcro sin
»confiaros mi afrenta, tanto en muestra
»de mi agradecimiento, como para dejar
»asegurada la suerte de la triste Zulema.
»—Deponed en ese punto todo temor, no-
»ble Alí, le respondió el Conde, si la
»desgracia hace, (que no lo creo), que per-
»dais la vida, vuestra hermana será la
»mia. Para contar con mi amparo no hay
»necesidad de que reveleis vuestro secreto.
»—Conde de Candespina, Alí podrá mo-
»rir, pero su gratitud á vos le seguirá aun
»mas allá del sepulcro; pero escuchadme
»en silencio, porque siento faltarme las
»fuerzas. El Conde de Lara ha seducido
»á mi hermana, violando las leyes de la
»hospitalidad y abusando de su inocencia.
»—¡Malvado! yo le juro.... esclamó Her-
»nando; pero el Conde le interrumpió.
»—Dejadlo por ahora; escuchemos á es-
»te jóven.—Yo he venido, continuó Alí,
»á vengar mi afrenta; el cobarde descon-
»fiando de vencerme me ha hecho asesi-

»nar. — ¡Santo cielo! dijo, ocultándose »el rostro entre ambas manos Candespi- »na. — Por el alma de mi padre, que si »eso es así, no ha de escaparse de las ma- »nos de Hernando. — Sí, volvió á decir »Alí visiblemente complacido del interés »que las esclamaciones del Conde y Her- »nando manifestaban; sí, me ha hecho »asesinar y no puedo dudarlo. — ¿Cómo »pues lo sabeis? preguntó Don Gomez. »— De la boca de los ministros de su crí- »men. — ¿Y han osado...? — Creían que Alí »ya no existía; pero aun alentaba y con- »servaba sus sentidos, cuando viéndome »caer del caballo uno de aquellos perver- »sos, les dijo á los otros dos: *Esto se ha »concluido — Sí, le contestaron, sí se ha con- »cluido; pero hemos perdido un compañero. »— A ese se le enterrará, y su parte en la »recompensa prometida por Lope en nombre »del Conde de Lara....* le replicó el pri- »mero, y no pude oir mas porque per- »dí el conocimiento. Conde de Candes-

»pina, guardaos de el de Lara, ó podreis »tener mi suerte. — No hará muchas mas »felonías, amigo Alí, yo os lo prometo »á fé de caballero. — Noble Hernando, »vuestra amistad endulza mis últimos mo»mentos; pero renuncio á vengarme; ¡no »permita Alá que por causa mia haya de »derramar una sola lágrima la bella Leo»nor! — Imitad Hernando la cordura y »generosidad de este valeroso caballero. »Atacar vos al Conde de Lara no sería »glorioso ni conveniente en las circuns»tancias presentes de la patria; pero de»jando esto aparte, Alí yo os prometo á »fé de caballero servir de padre á vues»tra hermana si vos morís; y Hernan»do.... — Yo tambien lo juro sobre la »cruz de mi espada; Zulema será mi her»mana. — ¡Azrael! ¡Azrael! ven cuando »quieras, el decreto del destino puede eje»cutarse ya sin causarme temor."

Las manos del moro estaban cada una en las de los dos cristianos; Alí recostó

la cabeza sobre la almohada; pronunció en voz baja algunas palabras en árabe, que se presumió ser de oracion á su falso profeta, y como si la naturaleza no hubiera aguardado mas que á que hubiese revelado su secreto para poner término á su vida, exhaló el último suspiro en brazos de los dos nobles castellanos, cuya tristeza concebirá el lector.

CAPITULO XIII.

La muerte del jóven y malogrado Alí produjo una consternacion general en la casa del Conde de Candespina, pues sus pocos años, el valor que demostraba y su mucha cortesía le habian grangeado en breve tiempo el afecto de cuantos le habian tratado. ¿Pero qué pluma sería capaz de describir el dolor de la inconsolable Zulema al perder el último de sus protectores naturales? No será la nuestra la que lo intente; quien no tenga un corazon de diamante comprenderá fácilmente la angustia de la desvalída mora. Mas aquel funesto acontecimiento dió al parecer nuevo vigor á su espíritu: la palabra venganza salió, por primera vez acaso, de sus labios; y absolutamente insistió en que se habia de presentar á la Reina á pedir jus-

ticia. El Conde de Candespina no se opuso á que parte tan interesada como ella diera semejante paso; pero sí á que su amigo Hernando retase públicamente por traidor al Conde de Lara como queria hacerlo.

Tuvieron sobre esta materia Hernando y D. Gomez un largo altercado, y lo único que el último consiguió del primero, fue que le prometiera abstenerse de hacer mencion del hecho del asesinato, que no estaba enteramente probado se hubiese ejecutado por órden de Lara; porque si bien no era creible que Alí en los últimos instantes de su vida, y desmintiendo su acrisolada virtud, hubiera inventado tan negra calumnia contra su enemigo: sin embargo parecia posible que, debilitado por la mucha sangre que habia perdido, hubiese delirado la conversacion que refirió pocos minutos antes de espirar. Este raciocinio, que logró calmar algun tanto

la cólera del de Olea, no carecia de verosimilitud; mas por desgracia el infeliz Alí no habia delirado.

Ya se ha visto en la última conversacion que del Conde de Lara con su confidente hemos referido, que el infame Lope habia tomado á su cargo arrebatar al hermano de Zulema para llevarlo á uno de los castillos del Conde, y evitar así que se opusiera á sus designios; pero Lope estaba avezado al crímen: todos sus horrores le eran familiares; y hubiera podido rivalizar con los espíritus infernales en la perversidad de corazon. La vida de sus semejantes era para aquel monstruo el objeto mas indiferente: desgraciado de aquel cuya existencia le era bajo cualquier aspecto temible, porque poco tardaba en perderla. El proyecto de encarcelar á Alí le disgustó desde luego, «porque puede »una casualidad, decia, presentar al moro »una ocasion de romper sus hierros, y en-

»tonces ¡ay de nosotros! No Señor, no; »cuando el Conde vea muerto á su ene- »migo yo sé que se alegrará; y el perro »ademas no ha de volver del otro mundo »á contar quien lo ha despachado. Por mi »cuenta sea: pocas horas le quedan de vi- »da." Formado este designio no pensó mas que en su ejecucion, principiando por espiar las acciones de Alí. Poco tardó en averiguar la costumbre que tenia de salir á paseo á caballo por las tardes, retirándose á su casa ya entrada la noche; y pareciéndole que no podia ofrecerse circunstancia mas oportuna para su objeto, pagó á peso de oro los servicios de los cuatro malvados que dieron muerte al malhadado hijo de Hamet. Así que Lope supo que el crímen se habia consumado, se apresuró á buscar á su amo para noticiárselo.

«Señor, dijo al presentarse. — ¿Qué »hay Lope? contestó el Conde, dos solos

»dias faltan para el de mi duelo, y Alí....
»—No podrá presentarse en la palestra.
»—¿Cómo? ¿Ya está preso?—No Se-
»ñor, pero.... Alí.... Alí, no existe....
»—¡Monstruo! ¿Qué has hecho?—Yo
»nada: cumplir las órdenes de Vueseño-
»ría.—¡Miserable! y te he mandado yo
»por ventura que....—Vueseñoría me
»mandó que se le prendiese; pero que si
»se resistia se obrase segun las circuns-
»tancias. Cuatro hombres seguros y de-
»cididos fueron á sorprenderle; en vez
»de rendirse, Alí dejó muerto en el cam-
»po á uno; otro espira tal vez en este
»instante de las heridas de su tremenda
»cimitarra....—¿Y por qué no fue mas
»gente?—En efecto, el secreto era para
»confiarse á muchos.—¿Con que en ver-
»dad murió?—Sí Señor.—Y el Conde
»de Lara, gracias á tu perversidad, ha si-
»do á su pesar cómplice de un asesinato.
»—Si se hubiera estado quieto el moro

»en su tierra....—Y si yo no me fiára de »tí.... Marcha, Lope, huye para siempre »de mi presencia. Toma de mis tesoros la »parte que te convenga: no te pongo ta- »sa; pero que mis ojos no vuelvan á ver- »te jamás.—No Señor: la suerte de Lo- »pe está ya unida para siempre á la del »Conde de Lara; nos unen lazos indiso- »lubles.—Calla, miserable, calla, ó...—¿O »qué, Señor Conde? ¿O qué? Nada te- »mo. Vueseñoría no puede descubrir mis »fechorías sin que las suyas salgan á luz. »Estoy tranquilo en esta parte.—Bien, dé- »jame ahora; ya hablarémos en otro mo- »mento en que esté mas sosegado. Vete.... »pero no: antes dime si estás seguro del »silencio de esos....—Sí Señor: dos de »ellos, merced al sevillano, cerraron ya »su boca para no volverla abrir. En »cuanto á los otros dos no querrán arries- »gar sus cabezas....—Y si se les ofrecie- »ra la vida y por ella nos vendiesen....

»—No es creible; pero en todo caso....
»— ¡No mas sangre! ¡No mas sangre!
»—Unas yerbas bien preparadas....—No,
»Lope; no. Recompénsalos liberalmente;
»y sea despues lo que el destino ordene.
»A Dios."

Lara estaba realmente abrumado con el peso del crímen. Por una parte, nunca habia tenido intencion de privar de la vida á Alí; y por otra, veía que si el autor de aquel delito llegaba á descubrirse, no habria quien al saber que era Lope, dejase de creer que se habia cometido por órden suya. A todas estas reflexiones debe agregarse que la insolencia con que su criado acababa de tratarle, le hizo conocer, aunque tarde, que aquel malvado era capaz de venderle, siempre que sus intereses se lo dictáran, y por lo mismo se decidió á deshacerse de él sin tardanza.

La media noche sería, cuando segui-

do de varios de sus hombres de armas se dirigió al cuarto de Lope, que se hallaba durmiendo: despertáronle al entrar el Conde y sus soldados: incorporóse en el lecho, no sin algun sobresalto, y despues de haber considerado atentamente á los que le rodeaban, se encaró con su amo preguntándole qué se le ofrecia. «Le»vántate, sígueme, y lo sabrás, respondió »desabridamente Lara. — Obedezco, dijo »Lope", y en efecto se vistió á toda prisa, y luego que hubo concluido tomó su puñal antes que el Conde pudiera impedirlo; pero viéndole ya con él en la mano esclamó: «entrega tus armas, Lope; »en el parage adonde vas te serán in»útiles. — Es costumbre mia, replicó el »criado. — No importa: obedece y en»trégalas. — ¡Señor! ¿Pues de qué se tra»ta? — De que mis criados aprendan á »respetar al Conde de Lara. — No en»tiendo. — Ya entenderás. Las armas.

»— No; el puñal nunca: antes de entre-
»garlo.... — ¡Miserable! ¿osas resistir?
»— Comprendo vuestro designio: que-
»reis que desaparezca todo vestigio....
» — Silencio, ó te cuesta la vida. — In-
»grato, antes morirás tú," gritó furio-
so: y hubiera ejecutado su designio si los soldados arrojándose sobre él no le hubiesen detenido; mas viéndose próximo á caer indefenso en poder del Conde, dirigió contra su propio corazon el puñal homicida, y terminó de un solo golpe una vida que toda habia sido un tejido de maldades.

Pero separémos la vista de este cuadro de horrores, y trasladémonos por un instante al alcázar.

La Reina se ocupaba aun en su tocado, la mañana siguiente á la muerte de Alí, cuando se la anunció que el Conde de Candespina pedia audiencia para él y una enlutada dama que le acompañaba. Sor-

prendió no poco á Doña Urraca que el Conde viniese con tal acompañamiento, pues debe advertirse que Zulema habia vivido con tal sigilo en compañía de Leonor, que nadie en la corte sabia que hubiese venido con su hermano.

«¿Conoceis á esa dama? preguntó la »Reina á quien le entró el recado. — No »Señora; su rostro me es enteramente »desconocido. — Cosa rara. ¿Es jóven? »— Una niña, si pueden creerse las apa»riencias. — ¿Hermosa?— Sí Señora; pe»ro su semblante indica alguna pena es»traordinaria. — El bueno del Conde es »el paño de lágrimas universal; mas no »importa: que entre."

Obedecióse la órden de la Reina, y á pocos instantes se presentó ante sus ojos la afligida mora, que para evitar las miradas de la curiosa plebe vistió un trage negro de su amiga Leonor, y no parecia sino que jamás habia llevado otro. Como quiera que

sea la Reina saludó graciosamente al Conde con la mano y una inclinacion de cabeza, y en seguida con una mirada, aunque rápida penetrante, examinó á la que le acompañaba. Zulema era hermosa, la Reina muger, y acostumbrada á ser el objeto esclusivo de las adoraciones: así no es de estrañar que ver venir á uno de sus amantes con una jóven de tan singular belleza causase en ella cierta sensacion desagradable, que como á pesar suyo transpiraba en la manera con que se dirigió á D. Gomez de este modo: «¿Qué nuevo misterio es este, Conde de Candespina?—Un »misterio horrible, Señora; pero la des»dichada que V. A. ve á sus pies es quien »debe hablar, no yo.—¿Y quién es esta »dama?—Yo soy, dijo sollozando Zulema; »yo soy la infeliz hermana de Alí.—¿Del »moro que ha venido á retar al Conde de »Lara?—Sí Señora, contestó el Conde, »su hermana es.—¿Y viene por ventura,

»volvió á decir Doña Urraca, á desafiar »por su parte á alguna dama de mi Cor»te, ó es tal vez á mí?...—Señora, inter»rumpió con notable severidad Candespi»na; dígnese V. A. oirla hasta el fin, y »despues me parece que verá que esta des»dichada merece al menos toda su com»pasion. — Sois un zeloso protector de la »belleza, Conde: Alzad vos, niña mia; al»zad, y esplicaos sin melindres ni rodeos."

Zulema no sabia que era lo que pasaba por ella. El tono de la Reina, sus miradas alternativamente irónicas y severas, y la aspereza con que sin causa la trataba, turbaron enteramente á aquella alma cándida é inesperta; pero el Conde, cuyo carácter no era de temple que pudiese tolerar en su presencia tan notoria injusticia, tomó por ella la palabra, esplicándose en los términos siguientes:

«V. A. me permitirá que sea yo quien »la esplique la causa del dolor demasiado

»justo, demasiado verdadero de esta jó-
»ven; de cuya veracidad parece que mi
»Reina duda, aunque sin causa. La desdi-
»chada que ve V. A. llora la muerte de su
»hermano.... — ¿Qué decís? ¡Ha muerto
»Alí? — Sí Señora, ha muerto. — ¿Y qué
»remedio puedo yo dar á ese mal? — Re-
»medio ninguno, interrumpió Zulema, co-
»brando aliento; ninguno porque no hay
»poder humano capaz de darle. — Tú mis-
»ma lo dices, mora. Te compadezco; mas
»nada puedo hacer por tí. — Vengarme,
»Señora, ó por mejor decir, hacerme
»justicia. — ¿De qué? — De sus asesinos.
»— ¿De los asesinos de quién? — De los
»de mi hermano. — ¿Muger, qué dices?
»el dolor te ha trastornado el juicio. — No
»Señora, dijo D. Gomez, no ha perdido
»el juicio. ¡Ojalá se engañase! pero Alí
»ha muerto asesinado. — ¿Vos tambien,
»Conde? — Años ha, Señora, que V. A.
»me conoce, y debe saber que el Conde

»de Candespina no ha faltado jamás á la »verdad.— ¡El cielo me valga! ¿Con que »asesinado decís?—¡Asesinado! ¡asesina»do! esclamó dolorosamente Zulema: yo »he visto las profundas heridas de su pe»cho: su sangre me cubre aun. Justicia, »Reina de Castilla, justicia.—Sosiégate »infeliz; sosiégate, respondió Doña Ur»raca visiblemente enternecida, y habla: »¿quién le ha muerto?—Lo ignoro.—¿Có»mo pues se sabe que fue asesinado? Con»de esplícadmelo." El Conde refirió á la Reina el suceso de la muerte de Alí, omitiendo sin embargo la revelacion hecha por el moribundo con respecto á Lara, en virtud de las razones que se han dicho. Doña Urraca le escuchó atentamente, y despues volviéndose á Zulema le preguntó: «¿Tenia tu difunto hermano algun enemi»go en Leon?—Sí Señora, contestó la »mora, uno y muy poderoso.—¿Quién »es?—El Conde de Lara.—¡Vírgen

»Santísima! ¿Cómo puede ser el Conde »su enemigo sino le conocia siquiera? »— Jamás habia Lara visto á Alí hasta »que vino á vuestrá corte; pero la desgra»ciada Zulema, Señora, no le es desco»nocida.— No eran pues infundadas mis »sospechas; tú has sido la causa....— Sí lo »he sido, aunque inocente.—¡Traidor!... »Al momento refiéreme cuanto haya pa»sado entre los dos."

Zulema se vió en la precision de referir de nuevo la historia de sus tristes amores á Doña Urraca, á quien sola la presencia del Conde de Candespina era capaz de contener para que no prorumpiera en amargas quejas contra el de Lara por haberla engañado. Mas á pesar de todo, la inclinacion que tenia á D. Pedro, la hablaba aun á su favor: dudaba de la verdad de Zulema; y resolvió salir finalmente de su inquietud. Así que la hermana de Alí terminó su breve y dolorosa narra-

cion, «yo he de apurar, dijo, la verdad »de este asunto. Pasad, Conde, con esta »niña á la cámara inmediata, y esperad »allí mis órdenes."

El Conde obedeció y Zulema con él; y Doña Urraca dió sus disposiciones para salir en efecto de dudas.

CAPITULO XIV

Por mas que el Conde de Candespina, empleando alternativamente las persuasiones, el halago, y su amistad, se habia esforzado para conseguir que Hernando de Olea no se mezclára en el suceso de Alí, no podia este caballero tranquilizarze de ningun modo. «He jurado, decia entre sí, »ser el hermano de Zulema, y debo cum»plirlo: las razones del Conde serán todas »muy buenas; pero no me convencen; si»gamos pues la senda que el honor me man»da." Con esta resolucion se puso á pensar en qué medio hallaría para cumplir con su obligacion sin disgustar á su amigo, á quien respetaba como á padre; y despues de haber martirizado toda la noche su pobre cabeza para encontrar el deseado espe-

diente, se resolvió por fin á dar el paso que vamos á ver.

Al mismo tiempo que Zulema y D. Gomez marcharon al alcázar, se fue Hernando á la casa del Conde de Lara, quien al oir el nombre del que venia á buscarle se quedó estrañamente sorprendido. «Hernando en mi casa, dijo, no será para nada »bueno."

Entró Hernando en el gabinete del Conde, y recibióle éste con muestras de cortesía y agasajo; mas el amigo de Candespina sin contestarle le dijo: «Haced que nos »dejen solos: el asunto de que tengo que »hablaros es reservado.— Voy á complaceros, contestó el Conde, haciendo una »señal á sus criados, que al punto se retiraron. Ya estamos solos." Hernando sin responder dió una vuelta al aposento como para cerciorarse de que no hubiese nadie escondido debajo de los tapices; en seguida se dirigió á la puerta, que cerró con llave;

y por último, desciñéndose la espada y sacando la daga que llevaba en la cintura, las puso ambas sobre un escaño. Asombrado y con no poco temor miraba aquellos singulares preparativos Lara; pero no osaba decir palabra porque conocia el carácter de Olea, y éste tomando asiento frente á él empezó á hablar de esta manera:

«Alí ha muerto asesinado....— ¡Santos »cielos! ¿Qué me decís? interrumpió Don »Pedro, y al mismo tiempo cubria su ros»tro la palidez de la muerte.— Sí, malva»do, ya lo sabes, y tú eres el autor de su »muerte.— ¿Hernando, á esto habeis ve»nido?— Sí, á esto; á esto solo.— ¿Qué »pruebas podréis presentar de esa horri»ble calumnia?— Tu conciencia y mi es»pada. ¿Te parecen bastantes? Pero aún »te queda un medio de salvar tu honra. »—Jamás la he perdido.— Asesino, no »abuses de mi paciencia. He depuesto las »armas para que no pudieras decir que te

»ataco con ventaja; pero con una mano »me sobra para darte el castigo que mere»ces.— Basta, Hernando: sobrado tiem»po he sufrido esa insolencia; idos, y si »teneis alguna queja contra mí esponedla »ante quien convenga, yo sabré respon»der.— Con la lengua sí; sabes manejar»la, ya lo sé; pero la espada te pesa de»masiado.— ¡Ola!... criados....— Silencio, »silencio, le interrumpió Hernando asién»dole un brazo con tal violencia que faltó »poco para que se le rompiera; has de »oirme hasta el fin, y despues eres muy »dueño de llamar á tus criados, que yo sa»bré contenerlos.— Habla pues, y pron»to, contestó el Conde lleno de rabia y »confusion.— Tú has llenado de amargu»ra los últimos instantes de la vida del »amigo de tu padre: tú has deshonrado »á la hermana de Alí; y por último, has »cometido un asesinato para evitar el pe»lear como caballero con él. Eres el bal-

»don de los tuyos; la afrenta de los cas-
»tellanos; el destructor de tu patria. Has
»merecido la muerte, y la recibirás si no te
»conformas con lo que voy á proponer-
»te.... No me repliques: óyeme. El pue-
»blo ignora que seas tú el asesino de Alí:
»este secreto solas dos personas lo saben:
»el Conde de Candespina es una, y yo la
»otra. Si quieres salvarte...." Aquí llegaba
Hernando, cuando un criado llamó fuer-
temente á la puerta de la estancia en que
se hallaba con el Conde, á quien nada
podia causar mas placer que ver interrum-
pida tan desagradable conferencia. «¿Quién
»llama? preguntó furioso Hernando.— La
»Reina manda, contestó el criado, que
»el Conde de Lara se presente inmedia-
»tamente en el alcázar.— Ya oís, dijo
»Lara....—Sí, ya oigo; y no me opon-
»dré á las órdenes de S. A.; pero volve-
»rémos á vernos antes de mucho; y tiem-
»bla por tí si te atreves á publicar esta con-

»versacion." Diciendo así tomó Hernando sus armas, abrió la puerta y se marchó dejando absorto y pesaroso al menguado Conde. Sin embargo, recordó que debia presentarse á la Reina; sacó fuerzas de flaqueza, y como tenia sobrada costumbre de disfrazar sus naturales sentimientos, logró tomar un aspecto bastante sereno para comparecer ante Doña Urraca, quien por su parte tambien se esforzaba para disimular su enojo.

«Os he llamado, Conde, le dijo, para »daros una noticia que va sin duda á sor- »prenderos: vuestro contrario Alí ha pe- »recido ayer á manos de unos asesinos »desconocidos. —Acabo de saber, Seño- »ra, tan desagradable acontecimiento, y »puedo asegurar á V. A. que á pesar de »todo....— Estoy persuadida de que el »Conde de Lara es incapaz de alegrarse »de semejante maldad; pero dejando esto »aparte, sed franco: ahora que ese moro »no existe, ¿no me diréis que motivos...?

»—Mil veces he dicho á V. A., y lo re-
»pito ahora bajo juramento, que nunca
»habia yo visto á ese jóven hasta que en
»presencia de V. A....— Sí, eso puede ser
»verdad; y sin embargo, tambien sin ver-
»le pudiérais haberle agraviado. — Que
»pudiera ser, Señora, no lo niego; mas
»no ha sido....— Hay, Conde, quien dice
»lo contrario....— Si V. A. dá oidos á mis
»enemigos no habrá crímen que no se me
»impute (y al decir esto se turbó estraor-
»dinariamente).—No, á fé mia, no he es-
»cuchado en este negocio á vuestros ene-
»migos. Creedme, Conde, confesad fran-
»camente á vuestra Reina qué causa hizo
»al jóven Alí vuestro enemigo.— V. A.
»sabe que la ignoro. — Yo sé que así me
»lo habeis dicho; pero la cosa es tan inve-
»rosímil....—¿Y quién ha presentado prue-
»bas que contradigan mi verdad? Nadie,
»Señora. Por el contrario: el mismo si-
»lencio de Alí ¿no prueba que no tenia de
»qué acusarme?— Hace dos horas tal vez

»me hubiera convencido esa razon; mas »ahora....— Y qué causa ha podido haber »para que yo pierda la confianza con que »V. A. me honraba.— Causa, ninguna. »Solamente una reflexion, Conde: habeis »sido siempre tan rendido con las damas »que me parece probable que algun amo- »río....—¡Qué delirio, Señora! Mi corazon »no ha amado mas que una sola vez, y »esa con harta desgracia.— Esa vez basta »quizá para haber....— No acabe V. A., »Señora; el objeto de mi amor nada ha »tenido que ver con ese moro; yo he ama- »do; amo todavía, y amaré siempre; pe- »ro será á mi Reina.—Basta, Conde: no »sabeis responder otra cosa. ¿Con que en »efecto no habeis vos provocado la ene- »mistad de Alí?— No Señora.— Miradlo »bien.— Mirado está, Señora."

Doña Urraca hizo seña á una dama de su servidumbre que allí estaba, y esta salió inmediatamente de la cámara. Entonces abandonando la Reina el aire de

fria tranquilidad que hasta aquel punto habia afectado, se levantó de su asiento y empezó á pasearse apresuradamente por la sala con admiracion de Lara; hasta que abriéndose la puerta se presentó á los ojos del asombrado Conde la misma Zulema; pero vestida con el traje propio de su nacion.

Lara al verla creyó que el universo entero se desplomaba sobre su cabeza, y esclamó involuntariamente: «¡Zulema, tú »aquí!" La Reina se habia parado en medio de la cámara, y con ojos centellantes de furor consideraba al pérfido Conde que aterrado no se atrevia á separar la vista del suelo.

«¿Tampoco, dijo la Reina por fin, tam»poco habréis visto á esta jóven antes de »ahora? Conde de Lara, responded: ¿qué »se ha hecho vuestra elocuencia. ¿Perjuro, »no decias que no habias agraviado nun»ca al infeliz Alí? Responde."

Lara no podia articular una palabra, tal

era su espanto; Zulema temerosa, se habia quedado á la puerta de la cámara derramando copiosas lágrimas, que regaban sus descoloridas megillas; y Doña Urraca que ya no pensaba en enfrenar su enojo, continuó diciendo. «No os atreveis á respon»derme; pues bien, preparaos á sufrir el »castigo que merece quien engaña á su Rei»na. ¡Ola! venga el Conde de Candespina »al momento."

Este nombre surtió un efecto mágico en D. Pedro: oirlo y recordar al momento que segun Hernando le habia dicho poseía D. Gomez el secreto fatal de la muerte de Alí, todo fue una misma cosa; y juzgando que Candespina no despreciaria aquella ocasion de libertarse para siempre de su rival, se dió por perdido. «Señora, »esclamó arrojándose á los pies de la Rei»na, no quiera V. A. humillarme ante el »Conde.— Apartaos, contestó Doña Ur»raca, sois indigno de consideraciones. »—¡Ah Señora! He delinquido, es ver-

»dad, con Zulema; ¿pero debe V. A. ser »quien me castigue por ello? La causa.... »—Es vuestra perfidia. Venid, Conde de »Candespina; venid y encargaos de este »caballero que confio á vuestra guarda. »Zulema, ya veis que soy justa. Mañana »será Lara vuestro esposo ó perecerá en »un cadalso. ¿Queréis mas?—No Señora. »Quédese libre el Conde de Lara: su co»razon no es mio, y aunque lo fuera, yo »no podria ya mirar sin horror al que ha »causado la muerte de mi padre y la de »mi hermano, y con ellas mi eterno do»lor. Yo he venido solo á pedir á V. A. »justicia contra los asesinos del desdicha»do Alí, si puede averiguarse quiénes son. »—Y la obtendréis como yo llegue á cono»cerlos. Conde, llevaos al preso.—¿Quer»rá V. A., dijo Candespina, escuchar una »súplica?— Decid presto.— Pues bien, »Señora, yo ruego á V. A. que el Conde »de Lara quede en libertad. Su conciencia, »el enojo de V. A., y el menosprecio de

»todos los buenos harto castigo son para »un noble. — Y yo, añadió Zulema, yo »uniré tambien mis ruegos á los de este »generoso caballero. Piedad, Señora." Las lágrimas inundaron los ojos de Doña Urraca, y despues de un breve rato de meditacion, volviéndose á Lara le dijo: «sa»lid de mi presencia, y no os volvais á pre»sentar sin mi órden; y luego señalándole »al Conde de Candespina añadió: este es »vuestro enemigo, procurad imitarle."

Lara confuso y desesperado se retiró; y D. Gomez iba á hacer lo mismo con Zulema, mas Doña Urraca los detuvo. La generosidad del Conde, y la perfidia de su rival la habian abierto los ojos por fin, y resolvió premiar en aquel mismo instante los servicios y constancia de su libertador dándole la mano de esposa. Sin embargo, fiel á su primer proyecto de no dividir el trono con nadie, se lo hizo saber así al Conde; pero éste lleno de amor y enagenado de júbilo respondió: «yo, Se-

»ñora, amo á Doña Urraca, no á su trono;
»mi gloria será despues de ser su esposo,
»como lo es ahora, la de ser su vasallo
»mas fiel."

La triste Zulema hubo de presenciar aquella escena, que recordaba á su afligido corazon la corta y venturosa época en que tambien á ella la halagaban las dulces y lisongeras ilusiones del amor, y aun parecia que su alma bondadosa olvidaba parte de sus penas para tomarla en la alegría de su protector; pero el dardo habia penetrado demasiado para que la herida pudiera nunca cerrarse. En vano Doña Urraca la propuso recibirla entre sus damas si queria quedarse en Castilla, ó hacerla llevar á su pais si lo deseaba: la hermana de Alí resuelta á entrar en el gremio de los fieles, pidió por única gracia que se la administrára el bautismo para retirarse despues á un cláustro.

Al cabo de no poco tiempo se retiró el Conde con Zulema á su casa, y enteró

de su próxima dicha á Hernando y á Leonor, cuyo júbilo no puede encarecerse bastante. Hernando contó á su amigo la conversacion que con Lara habia tenido, diciéndole su objeto, que era el de obligar al Conde á que diese la mano á la pobre mora; «mas pues ella lo rehusa, con»cluyó, inútil es insistir mas."

Pocos dias despues del de la escena referida recibió Zulema el bautismo, siendo sus padrinos el Conde de Candespina y Doña Leonor; é inmediatamente tomó el velo de novicia en uno de los conventos de Leon, donde á su debido tiempo profesó; siendo los pocos años que sus penas la dejaron vivir, un modelo de virtud, dulzura y paciencia: dotes dignos á la verdad de mas próspera suerte que la que su aciago destino la proporcionó.

El leal, el valiente, el virtuoso Conde de Candespina vió colmados sus deseos con la posesion de la mano de la Reina de Castilla. Su matrimonio se verificó en

el Oratorio del alcázar en presencia de Hernando, su esposa, D. Diego Lopez y algunos fieles partidarios, quedando secreto por entonces. Doña Urraca queria tener un esposo, pero no un dueño; y el Conde sobre no ser ambicioso conocia que en aquellas circunstancias, aun los mismos que como ministro eran sus parciales, se convertirian tal vez en enemigos si veían brillar en su frente la diadema de los godos.

Continuó viviendo en la corte el Conde de Lara por un resto de vanidad que no le permitia retirarse de ella, como sin duda hubiera debido hacerlo; y D. Gomez era demasiado generoso para hacerle sentir el peso de su poder. Lejos pues de tratarle con aspereza le manifestaba mas agrado acaso del justo, y contenia con su ejemplo á muchos, que sin él, hubieran tomado cruelísima venganza de agravios recibidos en otro tiempo.

Solo Hernando era quien no podia resolverse á dirigirle la palabra jamás; y

por deferencia á su amigo huia las ocasiones de encontrarle. «Paréceme, decia á su »esposa, que veo siempre sus manos teñi»das en la sangre del desventurado Alí. »Asesino es la primera palabra que se me »ocurre decirle, y asesino tambien la úl»tima."

Por fin, Lara perseguido por los remordimientos, despreciado de sus enemigos, y abandonado de los que en su privanza le manifestaban mas afecto, vivia infeliz y miserablemente.

CONCLUSION.

La disolucion del matrimonio de la Reina con D. Alfonso de Aragon habia privado á este príncipe de todo derecho á la corona de Castilla; pero creyéndose ofendido como hombre y como Rey, no quiso desistir de su empresa ni entrar en negociaciones de paz, á pesar de cuantos esfuerzos hizo para ello el Conde de Candespina. Terminado pues el invierno, entró en Castilla con un ejército infinitamente superior al que Doña Urraca pudo poner en campaña. La habilidad de D. Gomez prolongó algun tiempo la guerra con el cuidado que tuvo en evitar toda accion general: mas al cabo le fue imposible hacerlo en las inmediaciones de Sepúlveda.

La batalla se dió precisamente en el campo de Espina, que era de donde Don Gomez tomaba su título, y el mando de la primera línea se le confió al Conde D. Pedro de Lara, quien á pesar de todo lo acaecido tuvo bastante maña é influjo para conseguirlo, tal vez con la sana intencion de rehabilitar su fama. Mas apenas los veteranos de D. Alfonso cargaron á las tropas que mandaba, se puso en vergonzosa fuga, siguiéndole todos sus soldados. Resultó de esto lo que no podia menos de suceder: los fugitivos de la primera línea desordenaron los escuadrones de la segunda. El espanto se apoderó de casi todos los ánimos. ¡Traicion! gritaban unos; ¡sálvese el que pueda! otros: todos huían, y huían en vano, porque su propia precipitacion los entregaba á sus enemigos, que hicieron en ellos una horrible carnicería.

En medio de aquel desórden general

permanecia sin embargo organizado un escuadron todo compuesto de caballeros, que en torno del estandarte del Conde de Candespina, que ostentaba una águila negra en campo amarillo, y capitaneados por él resistian al poder de los aragoneses.

Para llegar hasta aquellos campeones era preciso salvar un parapeto que de los cadáveres de sus enemigos habian hecho; y sería necesaria la pluma de Homero para pintar las hazañas que vió aquel dia memorable. Sin embargo, todo su valor fue inútil: los tiros de los ballesteros aragoneses, y la multitud de los hombres de armas que caían sobre ellos contínuamente, acabaron por reducir de tal modo su número, que el Conde, Hernando, D. Diego Lopez, y Millan, se llegaron á ver solos. D. Alfonso admirado de tanta valentía quiso otorgarles la vida si se le rendian; mas como lo rehu-

sasen, mandó que se les matára. Millan cayó el primero, siguióle Lopez, y á este el valeroso D. Gomez. Hernando asido el estandarte con la una mano, y esgrimiendo con la otra su temible espada, sacrificó á mas de veinte á su furor antes que llegáran á herirle; pero un soldado, de un golpe con el hacha de armas le cortó el brazo izquierdo. No por esto desmayó, pues cogiendo entre sus dientes el paño de la bandera continuó peleando, y no cayó hasta que de otro golpe perdió el brazo derecho. Entonces los soldados acabaron de matarle, y dió fin aquel modelo de los amigos y espejo de los valientes.

Leonor fue á unirse con Zulema en su convento: ambas lloraban juntas las irreparables pérdidas que habian hecho, y ambas murieron fieles á la virtud.

En cuanto á Doña Urraca y Lara, el resto de su vida política pertenece á la

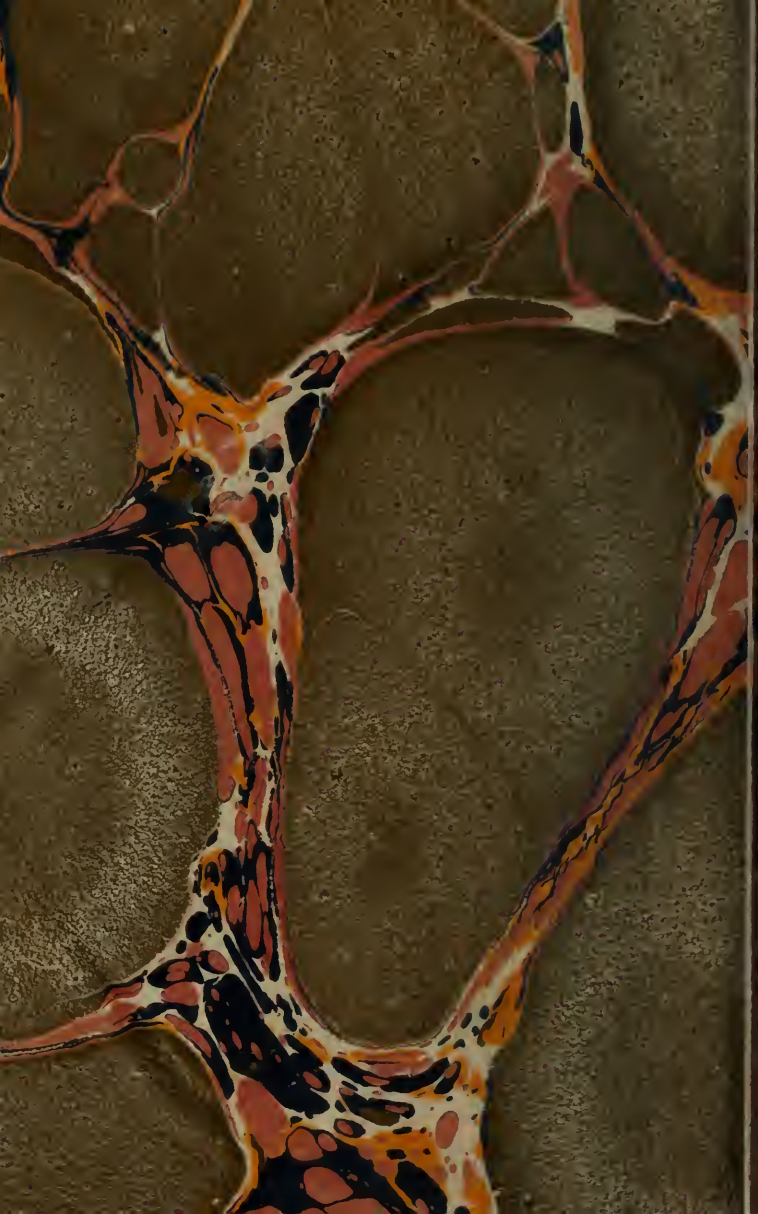
historia, y el lector curioso puede acudir á ella.

Del público y las circunstancias depende que con el tiempo llegue á dar á luz las aventuras secretas de Doña Urraca y D. Pedro de Lara, que segun creo deben hallarse en unos antiguos manuscritos de la misma biblioteca, de donde he sacado la historia que precede; la cual plegue á Dios sea del agrado de todos.

ERRATAS.

TOMO 2.º

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
29..	8.....	mando.....	marido
34..	14.....	nevitable.....	inevitable
69..	6.....	les.....	le
86..	14.....	arriesgase enojar.	arriesgase á enojar
90..	1.....	concede.....	le concede
94..	5.....	buena recom-	una buena recompen-
103..	5.....	acaba.....	acababa
104..	16.....	que.....	de que
109..	9.....	infie.....	infiel
124..	6.....	de.....	del
126..	2.....	Gutierrez.....	Gutierre
143..	21.....	Galante, Señora, ...	¿Galante, Señora,



Author Escosura, Patricio de la
Title El conde de Candespina Vol 2
34824
LS.
E73c

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 20 05 12 001 4